865H82
Oc

Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/cervantescautivo00hort

3575

CERVANTES CAUTIVO.

DRAMA EN VERSO,

EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO,

ORIGINAL DE

JAIME HORTA.

Precio 8 rs.

Barcelona.

Imprenta de la viuda é hijos de Gaspar,

1867.

3575

CERVANTES CAUTIVO.

DRAMA EN VERSO,

EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO,

ORIGINAL DE

JAIME HORTA.

BARCELONA.
Imprenta de la viuda é hijos de Gaspar.
1867

PALMA. Tienda de M. Borras. Cuesta del Teatro
ALEJANDRO VILA

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería lírico-dramática titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares, y del cobro de derechos de representacion.

(Queda hecho el depósito que marca la ley.)

865H82
Oc

AL SR. D. EULOGIO PINÓS.

EN PRENDA DE FRATERNAL CARIÑO.

Su mejor amigo,
JAIME.

Gen Res Spanish

PERSONAGES.

—

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.
EL DOCTOR ANTONIO SOSA.
AZAN AGÁ, rey de Argel.
ZORAIDA.
FULAMA.
OSORIO.
GABRIEL DE CASTAÑEDA.
MORATO RAEZ.
JUAN BLANCO DE LA PAZ.
VICTARSI.
ZACHERLÍ.
FRAY-JUAN GIL.
RIVEIRO.
UN CAUTIVO.
Cautivos, soldados, moros, etc.

—

La escena es en Argel—siglo XVI.

ACTO PRIMERO.

Baño del Rey que se supone contiguo á su mismo palacio. Una puerta cerrada á la derecha del actor, en segundo término: dos puertas en el fondo, de las cuales la de la derecha dá al exterior, la otra secreta y se abrirá á su tiempo. Cerca del fondo, á doce palmos de elevacion, un madero horizontal pendiente del techo. A la izquierda en primer término, junto á una de las columnas ruinosas que sostendrán las bóvedas del edificio, una capilla colocada de modo, cuyo interior esté á cubierto del resto de la escena: Dicho interior debe estar muy pobre, aunque esmeradamente adornado, y se divisará en el altar una imágen de la Vírgen María iluminada por un par de velas. Una cortina medio corrida sirve para cerrar la entrada de la capilla.

ESCENA PRIMERA.

JUAN BLANCO *y* ZACHERLÍ, *saliendo por la izquierda.*

ZACH. Venid, Juan Blanco.
JUAN. Ya os sigo.
ZACH. En esta parte podemos
hablar sin temor alguno...
Mas ¿qué observais?...
JUAN. Es que temo
que álguien nos escuche... ¡Pues!
es Cervantes tan funesto.
ZACH. Tranquilizaos: ya os he dicho
que están todos allá dentro

ocupados en los ranchos
unos, y en el gran leñero
y pajar otros.

JUAN. — No obstante.

ZACH. No desperdicieis el tiempo:
y advertid que el rey Azan
debe daros algun premio
por esa revelacion:
en su nombre os lo prometo.

JUAN. Digo pues, que ese Cervantes,
ó ese diablo del infierno;
el español estropeado
que ostenta allá en su cerebro
para urdir planes de fuga
el mas cauteloso ingenio,
otro plan tiene trazado
para huir del cautiverio.

ZACH. ¡Otra vez ese malvado!...

JUAN. Sí, otra vez y otras ciento
probará audaz fugarse,
hasta lograr su deseo.

ZACH. Mas ¿no tiembla ese cautivo
al ver el carácter fiero
de Azan Agá nuestro rey,
que así burle su respeto?
Pero hablad, no os detengais;
pues debemos lo primero
evitar si nos es dado
que lleven su plan á efecto,
hasta que aquí vuelva el rey
que le ahorcará al momento.

JUAN. ¿De la ciudad está ausente?

ZACH. Sí.

JUAN. ¿Desde cuándo?

ZACH. Yo creo,
que para la isla de Gelves
no ha mucho salió del puerto;
mas dentro dos ó tres dias
ya de vuelta le tendremos.
Decid pues, que urge el caso.

JUAN. El que á mí me ha descubierto
tan audaz conspiracion,

es un renegado griego
que otra vez entrar anhela
de nuestra iglesia en el gremio:
y fugarse tambien quiere
con ellos. Yo mi deseo
le fingí con gran cautela,
de escaparme lo mas presto
posible de esta ciudad,
con el estudiado intento
de que mejor me explicara
los medios de tal proyecto.
Díjome que á un tal Giron,
renegado tambien creo,
persuadió Cervantes que,
con el mañoso pretexto
de hacer el corso, armase
una fragata de intento
para escaparse de Argel
con algunos compañeros
que de mucho tiempo gimen
en el triste cautiverio,
presentándose ocasion
favorable á sus proyectos.
Preguntéle si tenian,
pues fácil era saberlo,
algun dia señalado
para realizar su intento;
para armar una fragata
como encontraban los medios:
y en fin, quienes los esclavos
que con Miguel han resuelto
escaparse de estos baños.
Mis preguntas nada hicieron:
solo supo el renegado
que todos esos sugetos
no tenian mas que un cómplice,
que es ese Cervantes mesmo,
el cual, audaz se propuso
librarlos bien de los riesgos
que amenazarles podrian
si fuese el plan descubierto,
callando todos sus nombres

y solo él saliendo reo.

ZACH. Gracias os doy por el rey,
y en su nombre os lo agradezco ;
y creed que premiará
á quien deba este secreto.
Mas mi mente no concibe
como puede audaz, intrépido
despreciar así la muerte
con el rostro tan sereno.
Veinte veces ya ha probado
con destreza varios medios
de huir... y sin fruto, pues
todos se le han descubierto :
así otras tantas se ha visto,
salvando sus compañeros,
un cordel á la garganta
para ahorcarle, si en silencio
persistia sin nombrar
sus cómplices en el riesgo...
Nada amedrentarle pudo :
y mientras con duro ceño
nuestro rey le amenazaba
con terribles sufrimientos,
parece se complacia
su carácter altanero,
en irritar mas al rey
con su insolente desprecio,
¡De Azan Agá ! ya lo oís !
de nuestro rey, cuyos siervos
oir tan solo su nombre
les infunde tal respeto,
que hasta temen con espasmo
que les anonade su eco !
Mas juro Alá que esta vez
acaba con su deseo ;
pues ahorcado pagará
su indomable desenfreno.

JUAN. Con efecto, bien merece
que se le castigue presto.

ZACH. Si, y si fuese necesario
lo pediria yo mesmo.
Pero ya que todavia

no estará cercano el riesgo,
segun vuestra relacion,
me parece que en silencio
debemos disimular
porque no recelen ellos,
hasta que á esta ciudad
vuelva el rey.

JUAN. Si, con efecto;
pero seria prudente
á mi entender... Mas ¡ silencio !

ESCENA II.

DICHOS, MORATO RAEZ *y* VICTARSI *hablando en voz baja.*

ZACH. ¿Qué hay ? ¡ Ah ! bien : nada temais
JUAN. Mas decid: ¿quiénes son esos?
ZACH. El uno es Morato Raez...
ya sabeis, que al rey sirviendo,
en este baño encerrados
tiene algunos de sus siervos
para mas seguridad,
como acostumbra tenerlos.
Será el otro un mercader
que á comprar vendrá...
JUAN. Entiendo.
VIC. ¡Oh ! seria un disparate;
si el lunes debo partir !
RAEZ. Pues ya no hay mas que decir,
y tomadlos de rescate.
VIC. ¿De rescate ?
RAEZ. Vale mas;
pues no podeis esperar
la flota que ha dé llegar
que me trae los demás.—
Al remo son excesivos,
que gran ventaja será...
VIC. No es eso...
RAEZ. Pero aquí está
el guardian de los cautivos.
¡Vereis que aspecto ! qué bravos !
Que los traiga mandaré.—

Zacherli.

ZACH. Señor.

RAEZ. Haz que,
aquí vengan mis esclavos.

ZACH. Voy—Alá te guarde, Juan:
esta noche nos veremos
en mi casa, pues debemos
velar por el rey Azan.
(Vánse: Zacherli por la derecha y Juan Blanco por la izquierda de la puerta del fondo.)

ESCENA III.

MORATO RAEZ *y* VICTARSI.

VIC. Pues digo, Morato Raez,
que no dais en mi intento;
es otro mi pensamiento
al venir aquí esta vez.

RAEZ. ¿Para comprar no venís?

VIC. Si; mas no debeis juzgar
que los compro por remar
en galeras.

RAEZ. ¿Qué decis?

VIC. Es un negocio excelente,
y os va á llenar de sorpresa;
pero mucho me interesa
el secreto, sed prudente.

RAEZ. ¡Un secreto!

VIC. Como digo;
pues he llegado á alcanzar
el modo de negociar
para enriquecer, amigo.
(Acercándosele, y con cierto misterio)
Diez cautivas hoy poseo...
¡Si vierais cuánta terneza!
á su salud y belleza
de amar unen gran deseo:
y es mi intento y voluntad,
unirlas con diez venustos
cautivos, siendo robustos,
porque en su fecundidad,

á mas del trabajo fiel,
á que obligan los azotes,
me den de niños galeotes
un riquísimo plantel
que vender por tasacion
llegando á la pubertad.

RAEZ. O alcancen su libertad
mil doblas! Teneis razon!
(Ya lo dije, un necio es;
mas ¿qué importa su receta?
deje mi bolsa repleta
y que los ahorque despues.)
(*Salen algunos cautivos conducidos por Zacherli, el cual despues de haberles indicado que se pongan en hilera en medio de la escena, se retira por la puerta del foro.*)
Presentes aquí teneis
cautivos de gran valía.

VIC. Juventud y bizarría
necesito, lo sabeis.
(Segun mis señas Cervantes
no está entre ellos. Qué estrañeza!
mucho arriesgo mi cabeza
si no doy con él cuanto antes.
¡Audacia!)
(*Los examina á todos uno por uno: ya haciéndoles andar, ya haciéndoles abrir la boca examinándola con atencion, palpándoles los brazos, el pecho, etc.*
(*Examinando á uno con aire burlesco.*)
¡Rostro expresivo!
¡Qué bien le sentara el gambo!
si no fuese *patizambo*
seria un bello cautivo.
(*Examina á otro.*)
Ancha espalda, fuerte pecho!
muy gallardo... ¡Uf! *boquituerto!*
de tan fatal desconcierto,
¿quién sacara algun provecho?
(*A otro.*) No halaga este al corazon
de esclavas bellas y tiernas;
con cuatro varas de piernas

corto abdómen de carton.
Una momia á no dudar
será su figura seca.

RAEZ. (Ya me cansa del babieca
el modo de despreciar.
(*Examinándoles á todos de una ojeada.*)

VIC. No teneis mas que destrozos
de cautivos, segun veo:
no podré comprar prevco
por falta de buenos mozos.
Y si no hay otro ganado
que satisfaga mejor,
estoy por dejar en flor
el proyecto imaginado.
¿No teneis mas por ahí?

RAEZ. Mios no; mas del rey habrá.

VIC. ¿Qué es eso? (*Ruido y algazara dentro.*)

RAEZ. (*Algo amostazado.*) Que vienen ya:
pronto los tendreis aquí.—
Voyme pues, que se hace tarde.—
Si del rey quereis comprar.
su vuelta habreis de esperar.

VIC. Mas veré antes...

RAEZ. Alá os guarde!

ESCENA IV.

(VICTARSI; OSORIO, GABRIEL DE CASTAÑEDA, RIVEIRO *y otros cautivos*: *Los mas miserablemente vestidos, que serán en mayor número distinguiéndose de los que se suponen de rescate, se tenderán en el fondo con ademan fatigado.*)

OSO. Pues bien, Riveiro, os lo digo:
en talento é hidalguia,
ingenio y filantropía
es Cervantes...

RIV. Vuestro amigo.

OSO. ¡Si por Dios!

RIV. Y la amistad
los ojos mas perspicaces
ciega, y niegan tenaces...

Oso. ¡Oh! que absurda terquedad!
Si no encontrais otro medio
de probar su gran talento...
Riv. Con su rico pensamiento,
Riveiro...
Cas. Nos causa tedio.
Riv. De vuestra opinion me rio.
Cas. Como ya sostuve antes,
comparado con Cervantes...
Riv. Bah!
Un cautivo. *(De los que estarán en el fondo.)*
¡Oh Dios mio! Dios mio!
Riv. Riveiro en el baño es...
Oso. Si, vuestro primo carnal,
y los dos en Portugal
nacidos.
Cas. ¡Bien dicho!... Pues!
Riv. Es gran cabeza.
Cas. ¡Cuanto aire!
Riv. *(Algo amostazado.)*
Pues digo que en lo ingenioso
siempre ha sido mas dichoso,
con mas gracia, mas donaire.
Oso. Gracia y donaire de un pato;
pues Riveiro, visto está,
de Miguel, ni alcanzará,
á la suela del zapato.
Sinó observad esa gente
abatida y extenuada
con el sol de su mirada
animarse de repente:
como con suma bondad
mitiga el ageno mal
repartiendo su caudal
con largueza y equidad:
ó inventando un cuento añejo
de allá en la niñez tranquila,
que cual bálsamo destila
su donaire y su gracejo:
ó con un ente algun dia,
que en su viva mente forme,
haciéndole obrar conforme

su ridícula manía.
Ya su musa placentera
tales versos improvisa,
que hacen estallar en risa
el mal humor de cualquiera.
Con esperanzas alienta
al corazon afligido,
que cansado y abatido
agotar sus fuerzas sienta.
Y á no haber, basta decir,
padres en quienes pensar,
y queridas para amar,
y patria por quien morir,
hoy esta fatal mazmorra
que á la humanidad afea,
por mas horrible que sea,
la vuelve...

(Uno de los cautivos que están en el fondo se desmaya: los demás acuden á socorrerle, y se lo llevan luego por la izquierda.)

CAS. *(Dirigiéndose al fondo.)* ¡Dios le socorra!
OSO. ¿Qué es eso?
CAS. ¿Si habrá muerto?
RIV. No será mas que un vahído.
CAS. Está enfermo y ha sufrido
gran miseria.
OSO. Si; es cierto.
CAS. Nuestra suerte en él mirad
que benigna nos aguarda,
cuando en rescatarnos tarda
la fortuna.
OSO. Sí, Es verdad.
RIV. Ó cuando el rey no termine
nuestra vida de improviso
en la horca.
CAS. Como ayer quiso
hacerlo con Juan Caldine.
OSO. ¡Como!
CAS. Pendiente aun está
de la horca el desdichado,
que fué piedad sin ahorcado
por el mismo rey.

Oso. ¡Dios!

Todos. *(Con horror.)* ¡Ah!

(Se separan todos esparciéndose por la escena con muestras del mas profundo abatimiento.)

ESCENA V.

(Dichos: Cervantes, el cual, despues de haber echado una rápida ojeada á su alrededor, dá algunos socorres á los cautivos del fondo, y luego contempla un momento en silencio el abatimiento que reina en escena.)

Cer. Y ¿cómo es posible, Osorio,
que tan pronto se trocara
tan bulliciosa algazara
en silencio mortuorio?
Si os andais con tal misterio
sin luchar con vuestro mal,
convertís este hospital
en un vasto cementerio—
¿Os volveis santos de piedra?

Oso. Es verdad, estoy mohino;
y la causa...

Cer. La adivino;
mas ¿quién por eso se arredra?—
Alegraos, que el desgraciado
que perdió el sentido aquí,
felizmente ha vuelto en sí;
y de hoy mas ya mi cuidado...

Oso. ¡Vive Dios! teneis razon!
¿quién viéndoos no se recrea,
y no aleja hasta en la idea,
el pesar del corazon?

Cer. No gusto de adulaciones.

Oso. Mas es justa la alabanza:
y el que hoy á verlo no alcanza
será ciego.

Cer. Hay ilusiones.
Para sufrir y gozar
diz que estamos en el mundo:
lo primero aquí es fecundo;

mas lo quiero equilibrar.
Yo sé que mi buen humor,
que es tal vez mi infiel retrato,
á todos no será grato ;
mas poco importa en rigor :
que nada por Dios heredo
hoy con lo hábil de esta ciencia,
pues me basta... mi conciencia :
lo demás me importa un bledo.
(En este momento, Cervantes, se habrá dirigido maquinalmente hácia la izquierda, donde Victarsi habrá estado examinando algunos cautivos, y se encuentran los dos frente á frente.)

VIC. *(*Es Cervantes el que viene,
no hay duda.*)*
(Aparte á Cervantes.) Os tengo que hablar.

CER. *(Idem á Victarsi.)* Bien—(Entonces, alejar
á todos de aquí, conviene.)

CAS. ¿ Qué causa tal suspension ?

CER. Recordaba cierta historia...

OSO. Contadla.

VARIOS. Si, si.

CER. ¡ Oh ! memoria !
Atencion... mucha atencion.

OSO. (Va tal vez con un acróstico
á darños secreto aviso :
escuchar será preciso
lo que diga... Es un pronostico !)
(Cervantes, despues de una mirada significativa que habrá lanzado á Riveiro, recitará el siguiente soneto con la entonacion conveniente.)

DEJADME, dijo un portugués fidalgo,
AQUÍ yo haré rendir al gran castillo ;
SOLO prestar yo puedo fama y brillo
AL pendon portugués que á empuñar salgo:
MOMENTO horrible aquel en que cabalgo
POR combatir... ¡Sus ! plaza al gran caudillo !
UNA legion disperso, otra acuchillo...
HORA. es ya sepa el mundo cuanto valgo !—
TENED al héroe dándole consejos,
LA GENTE clama.—¡ Callen los villanos !
ALLÁ los leones volveré conejos

DENTRO su cueva !—Y viendo castellanos
VELANDO, y lanzas relucir... de lejos... *(Aparte.)*
sus talones volvió... y en paz hermanos !
(Algunos de los cautivos que habrán escuchado con especial atencion, empezarán á abandonar la escena desde el momento de haberse recitado el soneto.)
TODOS. Ja ! ja !
RIV. Bien ; mas acabad
el soneto.
OSO. (¡ Oh ! que talento !
«Dejadme solo al momento
aqui ha dicho, y vigilad.»*)*
CAS. (Sus voces he comprendido :
« Id, entretened la gente.»)
CER. Lo siento muy vivamente :
de tal cuento ya he perdido
el hilo.—Dejadme aquí
un momento á recordar,
y muy pronto á no dudar...
OSO. ¡ Oh bien pensado !
VARIOS. Sí! sí !
CAS. Vamos pues. *(Vanse.)*

ESCENA VI.

CERVANTES *y* VICTARSI.

CER. No ha sido en vano
mi arte.
(Despues de haber examinado la escena.)
Nadie, bien por Dios !
VIC. ¿ Sois Cervantes ? *(Acercándosele.)*
CER. Leedlo vos
en mi espalda y en mi mano.
VIC. Lo dicho basta. Tomad.
(Le entrega una carta.)
Si vuestra espalda lo augura,
vuestro ingenio lo asegura
mas que vuestra manquedad.
CER. *(Leyendo.)* «El rey, como anunciasteis, ha partido esta mañana para la isla de Gelves:

Giron tiene la fragata aparejada, y al anochecer estará en franquía en frente los jardines de Muhammêd Alí. Los cautivos pertenecientes al arraez Mamí y al moro Murfato, que mandaistes se avisaran, lo estan ya, y no faltarán á la hora designada. ¡Valor! y Dios os proteja! —El hombre que os envio es Victarsi, de quien os he hablado ya, y que desea abrazar otra vez nuestra religion.

(Representando.)

(La noticia es halagüeña.)

Y ¿quién os dió este papel?

VIC. El mismo que firma en él,
ó lleva su contraseña.

CER. Bien está. (De Exarque es,
que no firma, y hace bien;
no sufriese con desden
de la fortuna un revés.)—
¿Donde, y á que hora os lo dió?

VIC. A las seis de esta mañana,
y en su casa.

CER. Muy temprana
hora fué.

VIC. Bien lo sé yo.

CER. Aguardad.
(*Saca algo para escribir, y despues de haber mirado á su alrededor escribe sobre una de sus rodillas, ó del modo que se crea mas conveniente.*)

VIC. Cuanto querais;
pero á tardar, hoy me espongo
á que me ahorquen. . Supongo
que vos lo considerais.
(No estoy tranquilo y lo extraño:
no me falta intrepidéz;
mas quisiera estar, par diez,
á cien leguas de este baño.

CER. (*Como pasando lo escrito.*) « Amigo mio: los de este baño estamos prontos: haced lo posible para que nada turbe el curso natural de este plan, y con la ayuda de Dios mañana al rayar la aurora nos hallaremos muy distantes de las costas de Argel.»

(Al ir á entregar la carta á Victarsi.)

Si os descubren el papel...

VIC. Ya estoy. *(Como si ya estuviese advertido)*

CER. Mas ¿qué haceis?

VIC. ¿Qué hago?

al momento me lo trago.

CER. Si, lo mismo que un pastel.—
Tomad, y que Dios os guarde.

VIC. ¿Do la tengo de llevar?

CER. Á Exarque.

VIC. No hay mas que hablar.

CER. Id pronto, que es ya muy tarde.

ESCENA VII.

CERVANTES.

Echada está ya la suerte:
hoy la audacia es gran virtud,
y ella misma nos advierte,
que no ha de temer la muerte
quien gime en la esclavitud.
¡ Ay ! para tanta emocion
ya todo espacio es estrecho,
y en tan grande conmocion
hoy batalla el corazon
para salirse del pecho.
¡ Oh ! que horizontes tan bellos
se dilatan, en verdad,
en lo porvenir, si en ellos,
asoman vivos destellos
del sol de la libertad !
¡Libertad ! diosa tutora
del hombre, del genio escudo,
deseada y brillante aurora
del desdichado que llora
cautivo... ¡ yo te saludo !
Si, entre canciones amenas
besaré con gratitud,
quebrantadas mis cadenas,
de mi patria las arenas
al salir... de este ataud !

La patria ¡ ay ! dichosa encierra
cuanto ver el alma ansia:
¡ mis padres ! y de esa tierra
los valientes en la guerra
rivalizando á porfia.
Los amigos de Lepanto,
de Tunez los camaradas,
que allá en su ardor puro, santo,
causaron al orbe espanto
sus victorias alcanzadas. —
Mas siempre es la grande historia
inherente al nombre iberio:
en lugar de tanta gloria,
ocupe ya mi memoria
el ángel del cautiverio.

ESCENA VIII.

(CERVANTES, ZORAIDA *y* FULAMA *que saldrán con precaucion por la puerta secreta del fondo : Zoraida se adelantará con recelo, y Fulama se quedará cerca de la puerta observando.*)

CER. ¿ Qué veo ? ¡Es ella !
ZOR. Si.
CER. En tu delirante anhelo,
¡ ay ! como viniste aqui ?
ZOR. La Vírgen reina del cielo
me llamaba junto á ti:
Que si en mi grata intuicion
me ordena que con fé y calma
te entregue mi corazon,
en tu santa religion
me dice que inicie el alma.
CER. Y Ella, desde el firmamento,
vé en su divina piedad
que tu ausencia es mi tormento,
y al verte á mi la siento
la mayor felicidad.
Mas mucho temo el azar
si anduviste descuidada.
ZOR. ¡Oh ! no, te puedes calmar.

Espera: voy á rezar
mi oracion acostumbrada.

(*Zoraida entra en la capilla cerrándola tras sí con la cortina Cervantes examinando la escena se retira por la puerta del fondo, y desaparece despues por la izquierda. Luego se oye la voz de Zoraida que recita los siguientes versos.*)

«Bendita Reina del cielo,
y del mundo gloria y luz;
fuente pura de consuelo:
¡ Madre ! en tu amargo duelo
del Dios que murió en la cruz!
Entre la pureza pura,
virgen santa y candorosa,
desde tu celeste altura
tiende sobre esta criatura
tu mirada cariñosa;
rescáteme de las manos
de esos mónstruos de impiedad,
verdugos de mis hermanos,
y á la tierra de cristianos
llévame por caridad.
Y mártir mi madre aquí,
de nuestra fé y religion,
al verme dichosa allí
rogará siempre por mí
en tu celestial mansion.»

(*Un momento de pausa y luego sale de la capilla*)
Miguel.

CER. Zoraida querida:
¿conqué el rey?..

ZOR. ¡Oh! se fué ya.!

CER. Me anunciaste su partida
con la señal convenida;
mas sabes cuanto estará.
ya de regreso en Argel ?

ZOR. No: su natural ficticio...

CER. Mas si recordaras fiel
tu despedida con él
me daria algun indicio.

ZOR. Oye pues: hoy reposaba
en el lecho muy dichosa;

pues felizmente soñaba
que ya en España me hallaba
siendo cristiana y tu esposa:
que tus padres,.. ¡Oh! ventura!
al mirar en tales lazos
nuestra gran dicha futura,
con inefable ternura
me estrechaban en sus brazos:
y rodeada de esplendor,
de mi madre con contento,
la Madre del Redentor
velaba por nuestro amor
desde el celestial asiento,
cuando la voz de Fulama
me dispierta cuidadosa
diciéndome: «El Rey os llama.»
A levantarme afanosa
iba luego de la cama;
mas mi padre entra perplejo
y me dice con bondad:
«Hija mia, yo me alejo
al punto de la ciudad;
pero sola no te dejo.
Fulama en tu compañia
se que fiel te aguardará.»
Dió un beso en la frente mia,
y al decir: «Guárdete Alá»
de mi estancia se desvía.

CER. ¡Tanta maldad y ternura!

ZOR. ¡Amor que en mi corazon
es una cruel tortura!.
¡Cual sufro! mi desventura
es digna de compasion.
Ya desde mi tierna infancia,
sugeta á su fuerte yugo
me inspiró gran repugnancia
su crueldad y arrogancia,
que es mi madre el verdugo!
¡Oh! y haber de recibir
sus caricias con agrado!
que le amo he de fingir,!
¡y de élla, que hizo morir,

con sangre verle manchado!
CER. Cálmate y tu relacion
sigue.
ZOR. Libre ya, al momento,
palpitante de emocion
á Fulama mi evasion
anuncio... ¡Oh! que contento!
Ella exclama: « Os seguiré
á España tambien, señora;
y pues tan pura es la fé
de Cristo, cual vos, no mora,
cristiana tambien seré. »
Entónces dispuse el oro
y mis joyas mas preciosas,
aunque escaso es mi tesoro,
y bajamos temerosas
de que nos viese algun moro
por la secreta escalera
á que el rey baja á este baño.
CER. Si, y que vil la noche espera
para espiar en nuestro daño
astuto como una fiera.
ZOR. Pero dime: ¿y la fragata...?
CER. Hoy mismo estará en franquía.
ZOR. ¡Ay! gracias! ¡Oh! madre mía.!
CER. Nuestra fuga es inmediata:
hoy será el supremo dia....
ZOR. Pues pronto, pronto partir;
no tardemos ni un instante,
que un momento al diferir...
CER. ¡Ay! tu ansiedad delirante
es preciso reprimir.
Pronto la lozana flor
de tu belleza esplendente,
darále allá con mi amor
nueva fragancia y color
de Castilla el sol ardiente.
Si, y tu alma angelical,
en esa tierra cristiana,
con nuestro lazo nupcial
gozará libre y ufana
de una dicha celestial.

Espera y confia en Dios.

ZOR. Tu aliento valor me dá :
eres alma de los dos ;
pues la mia siempre vá,
de la tuya unida en pos.
¡Oh ! te amo con frenesí !
y por lo que mi instinto alcanza,
al instante en que ví
confiada cifré en tí
mi salvacion, mi esperanza.
Mas no puedo sujetar
mi impaciente y vivo anhelo ;
y tiemblo solo al pensar
si malogras tanto celo,
nuestro castigo ejemplar.

CER. Calma : en mi confianza ten ;
pues fuera vileza huir
sin los amigos, mi bien ;
sin que á punto de partir
conmigo todos estén.
Mas si no recuerdo mal
de dineros has hablado.

ZOR. Sí.

CER. Pues bien : ese caudal
que Azan Agá habrá juntado,
yo no permito...

ZOR. No tal.

CER. ¡Nunca ! tan pura es la fé
que el Hijo de Dios legó,
que jamás permitiré,
aunque vil lo amontonó,
que el tal oro pan me dé.

ZOR. Miguel, las joyas y el oro
que llevaremos de aquí,
no pertenecen al moro :
fueron de mi madre, sí,
cuya muerte tanto lloro.

FUL. *(Llamando á media voz desde la escalera.)*
Zoraida, venid.

CER. *(Dando algunos pasos hácia el fondo.)*
¿Qué caso ?

FUL. Un hombre...

CER. Es tarde!
(A Fulama que se vá por la puerta secreta, entornándola tras sí.)
Huid vos.
Tú entra aquí. *(En la capilla.)*
ZOR. Oigo su paso.—
¡Protejednos santo Dios!
CER. ¡Oh! ¿será Juan Blanco acaso?

ESCENA IX.

CERVANTES, *el doctor* ANTONIO SOSA *y* ZORAIDA *en la capilla.*

CER. Bendita sea la divina mano
que en santa calma vuestros pasos guía,
y á este sitio del terror cristiano
cual presagio feliz, hoy os envia.
Vos, que en la desventura
siguiendo del Eterno los preceptos,
benigno consolais la criatura.
SOSA. ¿Qué hay Miguel? Al oir hoy vuestro acento
solemne y misterioso
algo grave presiento.
¡Ay! ojalá mi voto fervoroso
alcanzara libraros al momento
del cautiverio, y plácida el alma
llevaros á Castilla en santa calma.
CER. Ha llegado por fin la ansiada hora
de quebrantar osados las cadenas.
SOSA. ¿Qué decís?
CER. La verdad. Hoy sin demora,
padre, ha de ser la fuga.
Vos ya sabeis, como de tiempo data,
cuya esperanza nuestro llanto enjuga,
que para ella aparejan la fragata.
SOSA. Con efecto.
CER. Pues bien: ya aparejada
y advertidos mis fieles compañeros,
incansables remeros,
partiremos al fin de esta jornada.
SOSA. ¿Y no temeis, amigo,

del vengativo rey el gran castigo?

CER. Padre, lo que mi afan tanto ha incitado
á disponer hoy mismo la partida,
es que su despedida
á la ciudad el rey Azan ha dado.

SOSA. ¡Ausente!

CER. Si, y pues Dios hoy se ha dignado
favorecer benigno nuestro intento,
que vengais con nosotros es forzoso.

SOSA. ¡Ah! no!

CER. ¿Os negais aun? ¡Jesus piadoso!

SOSA. Si, Miguel.

CER. ¡Sabe Dios cuanto lo siento!
Y en tan cruel prision do nos rodea
un pestífero vaho,
¿aire mas puro el alma no os desea?

SOSA. Miguel, no desperteis así imprudente
tan hondo anhelo que, cansado, estrecho,
vive y duerme caliente
en el rescoldo de mi triste pecho.—
¡Solo por una hora apetecida
de libertad que el corazon lograra,
os digo buen Miguel, que la trocara
con diez años de vida!
pero donde hay deber no hay albedrío.

CER. No puedo descifrar..

SOSA. *(Despues de una corta pausa.)*
Pues oidme en suma:
¿Veis los estragos de ese mar bravío
cuando los vientos con furor despliegan,
y sus olas allá en montes de espuma
rugiendo á unirse con las nubes llegan,
y el terror aumentando
rayos y truenos con furor bramando?
Ved pues tambien del mar en lontananza
audaz luchando con las fuertes olas,
triste un bajel que gobernar no alcanza;
y abandonado allí á sus fuerzas
es naufragio inminente;
mas desafía audaz al mar su gente,
lucha y relucha y en su suerte fia,
porque el piloto... el capitan la guía.

Mas ese capitan, bravo marino,
la salvacion juzgando mas segura,
arroja al mar retando así al destino,
su frágil lancha con audaz bravura:
¡ Se lleva algunos, por salvar sus dias,
de aquellos compañeros !
¿Qué haria ese bajel, aunque luchase
con tantas averias
su gente audaz ? si allí ¡ ay ! no quedase
el piloto, infelices marineros !

CER. ¡ Padre ! pasmado, el lábio... hoy enmudece
á tan fatal verdad. ¡ Qué grande auspicio !
miro el valor heróico que en vos halla
tan santo sacrificio,
y en entusiasmo sacro me enardece !
Mas en tan cruda y tan tenaz batalla,
vos ¿ qué podreis hacer ? débil anciano,
de echaques lleno, trémula la mano !

SOSA. Mal comprendeis, Cervantes, mi desvelo ;
pues mi mision no vá por vuestra via :
cuanto en mi la materia mas se enfria,
mas crece el santo anhelo,
mas esplendente y pura es la divina
luz que el alma ilumina ;
sagrada antorcha que nos guia al cielo.
¿Y estas oscuras y hórridas cavernas
que, infierno en la tierra, al hombre lanza
el destino fatal, de horas eternas
de amargo duelo el buen cristiano alcanza;
donde con decepciones mil y halagos
guianle á renegar de la fé pura
que el Hombre-Dios selló con cien milagros
que abandone quereis ? No, en los estragos
de tempestad tan grande y peligrosa
soy áncora segura,
y la nave por mar tan impetuosa
guiaré con acierto,
de feliz redencion al sano puerto.

CER. Si, padre : ¡ Oh ! lenguaje tan sublime
la clara luz divina
en torno disemina,
la fé en el alma religiosa imprime

del que murió en la cruz salvando al hombre.
Mas el gran Creador, en bien fecundo,
justo condena ese fatal mercado
de humana carne con rubor del mundo,
y oprobio del soldado
que á los infieles derrotó en Lepanto
do huyeron llenos de terror y espanto.
¡ Dios ! cuyo aliento inflama
de esa mi libertad el ansia ardiente,
que sus favores con bondad derrama
sobre la triste humanidad doliente :
¡ El!, cuya omnipotencia
rige el imperio de los anchos mundos,
y en los abismos de ese mar profundos
doma del huracan la resistencia:
Dios habla allí, y resuena en mi conciencia :
dispierta y mira allá, en playas lejanas,
do el mar bañando está tierra española :
castas esposas hay, padres y hermanas
que hácia aquí fijan su mirada sola;
y pálido el semblante
y el cabello flotante
los brazos tienden con copioso llanto :
es que por su afliccion, cruento el hado,
de su fiel corazon les ha robado
las caras prendas, que idolatran tanto !
Pues sé tú el campeon, que audaz, altivo,
ha de llevarles su mayor consuelo,
cuando miran sin duelo
tanto infeliz cautivo
reyes cristianos ofendiendo al cielo.
Pues aunque arriesgue... si Doctor ! mi vida,
y cebe el rey en mi su torpe saña,
con audacia atrevida
he de llevar á nuestra amada España,
á esos cautivos, por curar sus males,
á disfrutar de abrazos paternales.

Sosa. Ese impulso seguid, ¡oh! alma virtuosa !
del cielo un ángel ya sin duda os guia ?
Seguid, Miguel : no es menos grata, hermosa
á los ojos de Dios obra tan pía.

Cer. ¿ Aprobais ?...

SOSA. Si, cual vos mi pensamiento
tambien aprobareis.
CER. ¡ Ah !
SOSA. Ya son vanos,
Miguel, los ruegos : cumpliré mi intento.
(Abrazándole.)
Adios.—Allá direis á los hermanos,
que ni el aire mortal de estas prisiones,
ni el feroz trato de ese rey altivo;
de nuestros corazones
los prospectos cristianos
podrán nunca borrar.
CER. Ya este cautivo,
padre, tan solo aguarda..
SOSA. ¿ Qué ?.
CER. Vuestra bendicion.
SOSA. ¡ Oh si, hijo mio !.
CER. *(Súbitamente.)*
Aguardad: pues mi suerte, como auguro,
á unirla voy á la de un ángel puro,
que la alcancemos ya, los dos confio.
(Va á buscar á Zoraida.)
SOSA. ¡ La hija del Rey !
CER. Vedlo vos.
ZOR. *(A Miguel.)* Amigo, ¿quién es ese hombre ?
CER. Del Señor obra en el nombre:
es un ministro de Dios !
(Al doctor.) La cristiana religion
seguir quiere esta criatura,
empiece ya su ventura
vuestra santa bendicion.
A España con grande anhelo
fugarse conmigo ansia;
y he de hacerla esposa mia
al pisar mi patrio suelo.
No teme riesgos, ni azares,
ni de ese mar la tormenta,
que la fé de Cristo alienta
á quien ora en sus altares.
Es su ansiado galardon
cristiana ser, y mi esposa...
empiece á hacerla dichosa

vuestra augusta bendicion!

SOSA. ¡Hijos! id en paz y calma
del Señor bajo el abrigo,
que yo en su nombre bendigo
vuestro amor con toda mi alma.
Y tú, Dios omnipotente,
que al ver tu pueblo querido
por Faraon perseguido
dividiste de repente
lo profundo del mar Rojo,
sepultando en sus abismos
á los opresores mismos
en su criminal arrojo,
libre ya tu excelsitud
á estas almas puras, fieles,
del furor de los infieles,
de su larga esclavitud:

CER. Gracias, padre, y escuchad:
Os prometí que os diria
que oculta mano podia
socorrernos.

SOSA. Es verdad.

CER. Fué ella

SOSA. ¡Oh!

CER. Y á los cristianos
que hubo asi de socorrer
esta angelical muger,
les llamaba sus hermanos.

SOSA. (*Poniendo las manos sobre la cabeza de Zoraida y dirigiendo su mirada al cielo.*)
¡Amparadla!

CER. Queda aqui,
Zoraida, con el Doctor:
él es el padre mejor.

ZOR. ¿Te vas?

CER. Pronto vuelvo, sí.
Voy á ordenar la partida.

ESCENA X.

ZORAIDA *y el* DOCTOR ANTONIO SOSA.

SOSA. Dime, Zoraida virtuosa:
¿anhelas tu ser esposa
de Miguel?
ZOR. ¡El es mi vida!
SOSA. Serás feliz con su amor.
Mas dime, niña inocente:
tú que abrazas de repente
mi religion con fervor...
¿Quién á ello te persuadió?
ZOR. ¡Oh! mi idolatrada madre!
SOSA. ¡Mas el rey Azan tu padre?.
ZOR. ¡Ah! él no es mi padre.
SOSA. ¡No!
ZOR. Oid pues, que á vos lo fio:
sois ministro del altar,
y en vos hoy debe empezar
mi confesion, padre mio.
Mi madre... digna del cielo!
que en su tierna juventud
fué un modelo de virtud,
de Italia nació en el suelo.
De nobles padres nacida,
abrigaba su alma ufana
la sublime fé cristiana
en el abril de su vida.
Esplendente como el sol
la flor de su gran belleza,
inspiró amor con terneza
á un caballero español.
Cristianos los dos y amantes
los unió pronto el altar,
y resolvieron marchar
á España; mas ya distantes
de las playas italianas,
se vió su barco atacado
de improviso, y rodeado
de galeotas imusulmanas.

Mi padre con gran coraje,
que honra y vida defendia
en aquel aciago dia,
rechazaba el abordaje
sembrando en torno la muerte;
mas del combate al final
sacó una herida mortal,
muriendo en lucha tan fuerte.
Y mi madre, en cinta ya,
fué llevada á la presencia,
y allá expuesta á la violencia
del terrible Azan Agá;
pero prudente su estado
ella guardó por temor
á su infame seductor,
el que siempre me ha tomado...

SOSA. ¡ Engañarle así afligida !
Mas ¿ con que objeto lo hiciera ?

ZOR. Porque si niña naciera
respetara mi honra y vida.
Y mi madre repetidos
mil castigos recibia
por lograr su apostasía
el rey vil ; mas conseguidos
ver sus fines no lograba,
y con maternal ardor
é inusitado fervor
sus máximas me inculcaba.
Murióse mi madre al fin ;
y allá en su lecho de muerte
me decia de esta suerte
cual célico serafin :
«Hija tierna y candorosa:
abandona esos tiranos ;
huye á tierra de cristianos
que serás allí dichosa :
cobijará tu orfandad
la Madre del Redentor !»

SOSA. ¡ Tierna y delicada flor
expuesta á la tempestad !
Llora, sí, ángel del cielo :
del corazon tierno y pio

ese llanto es el rocío
que fecundiza el consuelo.—
¿Sabes ángel de candor
que á la cristiandad sumiso,
Dios acoge en el paraiso
á quién sufre por su amor?
Y tú, que cruel fortuna
al nacer á herirte empieza
y el dolor y la tristeza
te mecieron en la cuna,
que te envió Dios compasivo,
blanca paloma de paz
para hacer mas eficaz
el consuelo del cautivo,
cuando libre vuele tu alma
rota la cárcel que anida,
como tu madre querida
del justo obtendrás la palma.
Y esa mártir que ha de estar
en la mansion celestial...

ZOR. Padre, la gloria eternal
¿quién la pudiera gozar?

SOSA. Si, Zoraida, en Dios confiemos.

ZOR. Oigo pasos. (*Va á observar por la puerta de fondo.*)
¡Zacherlí!

SOSA. Pues ven, hija, por aquí:
pronto en la capilla entremos.

ESCENA XI.

ZORAIDA *y el* DOCTOR ANTONIO SOSA *en la capilla*: ZACHERLÍ *y* JUAN BLANCO, *que salen por la puerta del fondo.*

ZACH. No hay nadie.

JUAN. Bien.

ZACH. Decid pues.

JUAN. Despues de reflexionar
sobre los mejores medios

para deshacer su plan,
he creido encontrar uno
que espero será tal cual.

ZACH. ¿Para que se necesita,
habiendo resuelto ya
no hacer nada hasta que llegue
de Gelves el rey Azan?

JUAN. ¿Pues no os he dado noticias?

ZACH. Vos me direis si las hay.

JUAN. Por encontrar el remedio
ya me olvidaba del mal.
Pues si las hay, y muy nuevas,
como os las voy á explicar.
(Aparece Cervantes y despues de haber recitado los dos siguientes versos se detiene á escuchar.)

CER. *(*¡Si les habrán sorprendido!
por Dios que si fuese... ¡Ah!*)*
(En este momento Sosa y Zaraida apartando un poco la cortina que cierra la entrada de la capilla, se habrán dejado ver por Cervantes.)

JUAN. Por el mismo renegado
he sabido que ya están
casi á punto de partida:
que con grande actividad
ya Cervantes ha avisado
que vigilen la señal;
que la fragata está armada
para darse hoy á la mar.

CER. (¡Dios! ¿qué dice ese malvado?
¿Nos han descubierto ya?)

JUAN. Y quién sabe si mañana,
tal vez sin dificultad...

ZACH. Teneis razon: esto es grave,
y hemos de cortar el mal;
que alentados con la ausencia
del rey, apresurarán
la fuga ya sin temor.

CER. (Vamos, lo he resuelto ya.*)* *(Vase.)*

ZACH. Pues ¿qué se hace?

JUAN. Pero vos,
¿escribiste al rey?

ZACH. Si, Juan;

pero cuando el rey lo sepa
se hallarán ya en alta mar.
Lo que mas urge al momento,
y esto el rey lo aplaudirá,
es evitar...

JUAN. ¡ Pues ! la fuga :
mas ¿ cómo?

ZACH. Dijisteis...

JUAN. ¡Ah !
Pues si es lo mas sencillo
que se puede imaginar,
que asegurado Cervantes
seguros todos están.
Y así lo que habeis de hacer,
y sin dilatarlo mas,
es prenderle... y al momento...

ZACH. Encerrarle.

JUAN. Pues, cabal.

ZACH. Bien puedo verificarlo
puesto que soy el guardian,
y para salvar cautivos
no ha de haber dificultad.—
Por su prision voy ahora.

JUAN. Esperad.

ZACH. ¿Qué ?

JUAN. Aquí está.

ESCENA XII.

DICHOS, CERVANTES.

CER (*Al entrar.*) (De una prision han hablado
¿será para mi quizás ?)

ZACH. ¿ De dónde venis, Cervantes ?

CER. (Curiosito es el guardian.)

ZACH. ¿ De dónde venis ? he dicho.

CER. ¡ Estraño ! ¿ lo preguntais
teniendo tal confidente
como es el señor Don Juan ?

JUAN. Conmigo carga... Paciencia !

ZACH. De recelo dais señal.

CER. ¡ Yo recelo ! no por Dios :
¡ recelo !... os equivocais.
Verdad es que el señor Blanco
me dá mucho que pensar ;
pues con sus ojos... de espía,
y con su lengua mordaz
al través de su conciencia
ve tan clara la señal,
que lo que aquellos no observan
esta sabe adivinar.

JUAN. ¡ Qué sufra tal insolencia !
Asi me insultais ?

ZACH. *(A Juan Blanco.)* Calmad.—
Sabeis que voy... *(A Cervantes.)*

CER. Á prenderme,
tambien lo adivino yá :
mas antes de mi prision
dejadme un momento hablar.

ZACH. Pues bien, hacedlo muy pronto,
y en esa mazmorra entrad.
(Señalando la puerta de la derecha y preparando las llaves.)

CER. Señor Juan, el evangelio
sabreis vos de pé á pá
cuando con divinos rasgos
le sabeis interpretar.
¡ Loor eterno al sacerdote
que con astucia infernal,
vender sabe á sus hermanos
en triste cautividad,
haciendo cual otro Judas
su vileza proverbial.
(Salen Osorio y Castañeda con otros cautivos, y con precaucion van cercando por detrás á Juan Blanco y á Zacherli.)
Yo creo que el tal apóstol
tan venal y tan sagaz,
no fuera mas que una sombra
de vuestra inicua maldad.
(Viendo que sus compañeros están ya muy cerca.)
Mas el castigo se acerca ;
temblad pues, amigo Juan.

JUAN. ¡ Oh ! encerrad á ese maldito ;
¡ cerrad su boca infernal !
CER. ¡ Qué agudezas son las suyas !
Lo ha dicho, cumplido ya.
(Osorio y algunos cautivos mas se apoderan súbitamente de Juan Blanco; y mientras los unos le sugetan por detrás, los otros le tapan los ojos y boca con un pañuelo. Igual operacion hacen Castañeda y demás cautivos con Zacherli.)
ZACH. ¡ Infames !
JUAN. ¡ Cielos! traicion!
CER. ¡ No!... es un juego, y muy sencillo :
es jugar de pillo á pillo...
¡Excelente diversion !
(Juan Blanco y Zacherli hacen vanos esfuerzos para gritar y desasirse de los cautivos.)
SOSA. *(Viendo lo que pasa en escena desde la capilla)*
¡ Gran Dios !
ZOR. ¡ Oh cielos !
CER. Paciencia.
(He aquí el momento... ¡Valor !)
del guardian y el delator
á dictar voy la sentencia.
(A Zacherli.) Ya lo veis: vos de este modo
quisisteis obrar conmigo...
¡Ingenioso es el castigo !
Juego el todo por el todo.
(A Juan Blanco.) Por vuestra negra maldad
cautivo aquí quedareis:
yo voy á España... ¿lo veis ?
Ahora... la puerta cerrad.
(Cervantes cierra con desenfado á los dos dentro de la mazmorra con una de las llaves que habrá tomado de Zacherli.)
Ya la noche empieza oscura:
marchad todos; mas con tiento,
y como he dicho. Al momento
os sigo.
OSO. ¡ Valor !
CAS. ¡ Cordura !
CER. ¡Oh! no hay desconfianza en mí
cuando llevo buenos fines !

Oso *y* Cas. Bien.
Cer. En frente los jardines
del moro Muhammed Alí. *(Vanse.)*

ESCENA XIII.

CERVANTES, *el* DOCTOR ANTONIO SOSA *y* ZORAIDA.

Sosa. Miguel ¿qué habeis hecho? Vos...
Cer. No acrimineis mi porfia:
quise hacer cuanto podia;
lo demás ya lo hará Dios!
Zor. Miguel... ¡Ah!
Cer. ¡Zoraida amada!
Zor. Cuan terrible es este instante.
Cer. Cobrar brios, y adelante;
que ya la suerte esta echada.
Zor. Me alienta la Virgen pura!
Cer. Los instantes son preciosos.
Sosa. *(Con solemnidad.)* ¡Que Dios os haga dichosos!
Cer. *(Echándose en los brazos del Doctor Sosa.)*
¡Padre!!.. adios!
Sosa. ¡Oh que tortura!
(Se oye ruido dentro y voces confusas.)
Cer. ¿Qué habrá?
Sosa *y* Zor. ¡Cielos!
Cer. Aguardad.
(Va á mirar por la puerta del fondo.)
¡Qué voces, que confusion!
Ellos huyen.... ¡Oh! traicion!—
Pronto en la capilla entrad.
Zor. ¡Dios mio! amparadnos!
Sosa. (*Entrando en la capilla con Zoraida.*) ¡Ah!

ESCENA XIV.

*(*DICHOS: OSORIO, CASTAÑEDA *y demás cautivos que entran precipitados y despavoridos.)*

Cas. ¡Miguel! Miguel!
Cer. ¿Que ha pasado?

Oso Que este baño esta cercado
por el mismo Azan Agá.
Cer. El rey ! ¡ Oh trance fatal !
Mas... ¿cómo ?—Quedad aquí.
y echad todos sobre mí
la culpa ; si, todo el mal.
Oso. Pues yo primero diré
que me ahorquen
Cas. Lo mismo digo;
y no perderé á un amigo
solo por salvarme yo.
Cer. *(Con grande impaciencia.)* Eh !
Pues de diferentes modos,
aquí, no os podeis salvar...
Creed, que voy probar
si nos salvaremos todos.
Cuando pregunten do estoy
decidles que me he escapado.
Oso. ¡ Qué vienen !
Cer. Así confiado,
á velar por todos voy. *(Se dirige á la capilla.)*
*(*Pero á ese ángel de amor
¿ como salvarlo ? Dios mio !*)*
Sosa. *(Que habrá estado observando desde la capilla)*
Me confunde tanto brio.
Zor. *(Que estará de rodillas orando al pie del altar,
al ver entrar á Miguel en la capilla.)*
¡ Miguel !
Cer. Zoraida ¡ valor !
*(En este momento la escena se llenará de otros
cautivos atraidos por el ruido y desconcierto
que reina en el baño.)*

ESCENA XV.

DICHOS: AZAN AGÁ, MORATO RAEZ, *soldados y algunos moros armados, estos se quedan á la puerta del fondo guardando la salida.*)

El rey. (*Muy enojado y con un papel en la mano.)*
¡ Por Mahoma ! ¿ dónde están esos cautivos.

que con sigilo y con tenaz porfía
fugarse intentan de este baño activos
su alma alentando torpe alevosía?
¡Ay! de vosotros, siervos delusivos!
¡Ay! del que ideado tal vil plan habia!
¡Cuán pronto vuestra sangre despreciada
se verá por el suelo coagulada!
¿Dónde se oculta el tentador malvado?
ese vil mónstruo que abortó la España,
y que de un genio creador dotado
cual sierpe á todos fascinando engaña?—
Decid: ¿do está Cervantes?

UNA VOZ DE ENTRE LOS CAUTIVOS. Se ha fugado.

EL REY. ¡Ha huido! para colmo de mi saña!
Pronto id, tras él corred... ¡Oh con presteza!
si escapa, preparad vuestra cabeza!
(*Vanse algunos moros y el rey se dirige á los cautivos.*)
¿Quiénes son los que siguen hoy atentos
á Cervantes?... ¡Callais!... ¡Ah! que locura!
(*Dirigiéndose á los suyos.*)
Sin tardanza aprontad los instrumentos,
y ahorcados mueran con feroz tortura
Castilla, Castañeda, Osorio, Abéntos,
Sosa, Maneses ..

CER. ¡Ellos! (*Conteniéndose.*) Ah! cordura!

EL REY. Y otros cautivos, á los que pervierte,
que tambien sufran sin tardar la muerte.

CER. (*En la capilla con desesperada ansiedad.*)
Si en tan crítico instante me presento
yo muero sin salvarles!... ¡Luz! un medio
ingenio de Cervantes. ¿Qué portento
no obraste?—Todo abismo: no hay remedio,
se pierde la razon, el pensamiento...
Llama creadora!... ¡Dios! rompe el asedio
de esta niebla mortal que ahoga mi mente,
y bendigo tu nombre eternamente!
¡Nada! y van á morir! Si, es mi estrella,
estrella infausta que con sangre lloro!...
Pero si á hablarle voy ¿qué será de ella?
¡Ella!... ay! calma Jesús, yo te lo imploro!
Mas ¡cómo eterno Dios! si en tal querella

cuenta años un minuto, y ese moro?...
¡ Dios ! si tu luz divina me alumbrase !
¿Luz.. dije ? ¡ Ah ! si; y de un fuego que allá
abrase !...
(Coge una vela del altar, y desaparece rápidamente por la izquierda.)

ESCENA XVI.

DICHOS, *menos* CERVANTES.

SOSA. Se vá ! Desventurado, ¡oh! está ciego ! ..
EL REY. *(A los moros que habrán atado algunas cuerdas al madero horizontal que hay en el fondo, y que se disponen á sacrificar las primeras victimas.)*
¡Pronto ! Ay ! del que un minuto, vil retarde los suplicios.
(Aparece un resplandor rojizo que ilumina toda la escena.)
¿ Qué es eso ?
VOCES DENTRO. ¡ Fuego ! fuego !
EL REY. ¡ Oh ! si, todos corred !
RAEZ. *(Mirando hácia la izquierda.)* El pajar arde !
(Vanse todos precipitadamente por los últimos bastidores de la izquierda. Luego aparece Cervantes.
CER. ¡ Doctor !
SOSA *y* ZOR. ¡Miguel!
CER. *(A Zoraida.)* La llave.
ZOR. *(Dándosela.)* Aquí.
CER. Ven luego.
ZOR. ¡Ah! ¿ qué has hecho ?
CER. Os salvé.
(Cervantes abre la puerta secreta del fondo y desaparece por ella con Zoraida entornándola tras sí. El doctor se pone á orar en la capilla.— Se oyen gritos por todas partes en medio de una grande confusion.)
EL REY. *(Que sale muy agitado con Raez y algunos moros.)*
¡Si fuese tarde

para salvarla!

RAEZ. ¿Donde?...

EL REY. En su aposento.
Mi hija! corred... salvádmela al momento!
(*Moros y cautivos en completo desórden se precipitan por la puerta del fondo y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del Rey. Puerta en el fondo: dos laterales. Ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MORATO RAEZ *y* ZACHERLÍ.

ZACH. ¿Conque aun no ha descubierto
el Rey?...
RAEZ. Nada todavía
se ha pasado noche y dia
sin saber nada de cierto.
Se cree con fundamento
que por temor al castigo,
en casa de algun amigo
se habrá ocultado con tiento.
El Rey lleno de furor,
hace un bando pregonar
en que jura castigar
con excesivo rigor,
al que le tenga escondido.
ZACH. Resolucion muy prudente;
pues creo que el delincuente
de la ciudad no ha salido.
(Se oye la señal del pregonero.)

RAEZ. El pregon... ¿oyes? Severo
está el Rey.

ZACH. Contra el infame!
Cuando su sangre derrame...

RAEZ Oigamos al pregonero.
(*Se acercan á la ventana.*)

EL PREGONERO. «Azan Agá nuestro rey por el muy alto y poderoso señor el gran Sultan Murad Khan III, á los habitantes de Argel: Habiendo huido de su baño el cautivo español y de su propiedad, Miguel de Cervantes Saavedra, y ocultándose en esta ciudad, hace saber que castigará con las penas mas severas al que le tenga escondido, si no lo presenta luego de ser publicado este bando. — Lo manda el Rey.»

RAEZ. Con este sencillo aviso
no hay hombre osado en Argel
que quiera arrostrar por él
tan terrible compromiso.

ESCENA II.

DICHOS *y* EL REY AZAN AGÁ.

EL REY. (*A Zacherli.*) Espero con gran confianza
de tu actividad las pruebas,
y que tus recientes nuevas
satisfagan mi esperanza.
Pero no, en tus ojos leo
de mi anhelo el desengaño:
de tu visita en el baño
el resultado preveo.
¡En fin, tu lengua desata...
ya tal silencio me irrita!

ZACH. Yo de esa trama inaudita,
de fuga tan insensata,
nada, señor, he logrado
descubrir.

EL REY. Lo sospeché.

ZACH. A todos interrogué,
uno á uno con cuidado;

pero nada, recelosos
mis miradas evitaban,
y nada me contestaban
tocante á los sediciosos.

El rey. Nada! ni una luz siquiera
haces brillar á mi vista
por la cual, dé yo en la pista
de su infame madriguera.
Y á no ser la tempestad,
que volver nos hizo al puerto
ellos escapan... ¡cierto!
por tu grande necedad.
Por Alá que es tu torpeza
digna de ejemplar castigo.—
Si prenderle hoy no consigo...
ya peligra tu cabeza!

Zach. Castigadme si falté;
mas desde el primer momento
que supe tamaño intento
á estorbarlo me lancé...

El rey. No acrecientes mi furor!
Ya del rey los servidores
no llegan de esos traidores
á la astucia y al valor!

Zach. Señor...

El rey. — Sal pronto de aquí,
antes que mi justa saña
por necedad tan estraña,
hoy descargue sobre ti.

ESCENA III.

DICHOS, *menos* ZACHERLÍ.

El rey. Cervantes su fatal trama
ha urdido bien... ¡Qué cabeza!..
terror causa su destreza!
Un gran castigo reclama....
¿Mis deseos has cumplido?

Raez. ¡Pues! exactamente.

El rey. Mas...
pobre esperanza me dás

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY

con ese aire conpungido.

RAEZ. Despues de haber registrado.
toda la playa y ciudad,
las campiñas, y en verdad
sin nada haber alcanzado,
me embarqué con aire incierto,
y abordo fuimos ansiosos
de unos barcos sospechosos
que observé fuera del puerto.
Por fin logré sorprender
al buque que á los cautivos
debia llevar furtivos
á España, como es de creer;
mas Giron su capitan,
por Cervantes avisado
habíase ya fugado
y fué inútil nuestro afan.
Toda la tripulacion
inocente le servia,
y prenderla no debia;
mas tomé la embarcacion.

EL REY. ¿Conqué no hay medio de hallar
á ese sierpe?

RAEZ. Si; y espero
que la voz del pregonero
nos la hará pronto encontrar.—
¡Como una nube sombria
un gran misterio en reveo
en todo esto!... yo deseo
aclararlo en este dia.

EL REY. ¿Qué dices?

RAEZ. Para cazar
á ese zorro tan astuto
es preciso resoluto
la emboscada preparar.

EL REY. En lance tan apurado,
hoy cuento Raez contigo:
eres ya mi grande amigo
sin ser aun mi privado.

RAEZ. *(Despues de una pequeña pausa.)*
Al sorprender la traicion
las salidas se cerraron

del baño, y ellos quedaron
ya sin medios de evasion.
Cervantes estaba allí;
mas luego cunde la voz
de que se escapa veloz
ese infame.

EL REY. Cierto, sí.

RAEZ. Pues bien, señor, ¿cómo habiendo
cerrado las puertas antes
logro evadirse Cervantes
de aquel sitio? No lo entiendo.—
Es el caso tan extraño,
que algun vuestro servidor
le ha protegido traidor,
ó aun se oculta en el baño.

EL REY. Fundados son tus barruntos:
y si á saberlo llegara,
juro á Alá que lo pagará
ese vil, por todos juntos!
Pero por si el estropeado
se oculta allí como creemos,
es preciso que mandemos
pronto...

RAEZ. Así lo he pensado.
Mas dejadme antes concluir:
En esta situacion, luego,
se oyeron gritos de fuego,
y los que iban á morir
pagando sus viles tramas
en la horca por vilipendio,
sofocaron el incendio
avanzando entre las llamas.
Momento horrible fué aquel
cuando el voraz elemento
ya alcanzaba el aposento
de Zoraida.

EL REY. ¡Muy cruel!

RAEZ. Un grito extraño os salió
del corazon... loco estabais,
A mi hija salvad, gritabais...
Y la gente obedeció.
Pronto una voz escuchamos

en un contiguo aposento—
«Es de Zoraida el acento,»
gritais, y allí nos lanzamos.
La hallasteis tras una puerta
con la almanafa quemada,
sobre un divan reclinada
y de espanto medio muerta.
Ahí teneis en compendio
si no es infiel mi memoria,
de lo pasado la historia
que ha ocasionado el incendio.—
Ahora bien: ¿Cómo el cautivo
que á vuestra hija salvó,
á su aposento llegó
rodeado de un fuego vivo?
¿Cómo se oculta en verdad,
cuando ha hecho tal servicio,
quien sacara en beneficio
su riqueza y libertad?
Concluyendo de una vez:
esos negros envoltorios
de hechos tan contradictorios
me prueban á mi, pardiez,
que con manejos constantes
quien tenaz lo enreda todo
de un tan misterioso modo,
es ese fatal Cervantes.

EL REY. Graves tus palabras son,
Raez, y esto meditado
me pone con gran cuidado
y confunde mi razon.—
Mas vete, y no seas reacio,
al baño, dó por temor
tal vez se oculta el traidor:
ya hablaremos mas despacio.
Marcha pronto.

RAEZ. No retardo;
y haré cuanto se me exija...

EL REY. Haz que digan á mi hija
que venga, que aquí la aguardo.

ESCENA IV.

EL REY.

Cervantes! reptil infame,
que en la maleza arrastrando
esparce astuto el veneno
que beben muchos incautos,
y oculta luego tras sí
el rastro de sus amaños.—
¡Oh! cuando crujir la horca
haga tu cuerpo pesado
tus postreras convulsiones
contemplaré con sarcasmo
fiel cebándome en tu muerte
como en su presa el milano.

ESCENA V.

EL REY *y* ZORAIDA.

ZOR. Señor.
EL REY. ¡Oh! ven, hija mia.
¿Te hallas ya mas aliviada
de aquel terrible quebranto?...
Mas ¿por qué perennemente
miro tu rostro anublado
por el pesar, la tristeza,
y tus ojos divagando
apartas de mi mirada
como si fuese un extraño?
ZOR. ¡Ah! perdonad mi extravío;
pues de esta noche el estrago
infundió en mi corazon
tan hondo temor, que cuándo,
considero los peligros
que mi vida amenazaron,
aun me estremezco de horror!..
y no puedo remediarlo.
EL REY. No es de este dia tan solo;
y tal conducta no alcanzo.

ZOR. (¡ Oh madre mia !)
EL REY. Tu invocas
á tu madre en este caso !
¿ No recuerdas por Alá,
que no puedo soportarlo ?
¡ Tu madre ! fuerza es decirlo;
yo siempre la habia amado...
Mas dejemos esto ya:
y pues que del fuego hablamos,
¿ aun no puedes recordar
quien pudo ser el esclavo
que te arrancó de las llamas,
y se oculta sin embargo ?
ZOR. Señor, yo...
EL REY. Señor ! señor !
no asome mas á tus labios
esa voz; tu padre soy.
ZOR. Perdonad, padre; yo...
EL REY. Vamos:
¿ no recuerdas ?
ZOR. Nada, nada;
pues todo ya lo he contado.
EL REY. (Y no poder descubrir !...)
ZOR. Me sobrecogió un desmayo,
y luego al volver en mí
vos llegasteis á mi lado.
EL REY. ¿ No viste por donde entró,
ni quien era el tal esclavo ?
ZOR. Yo...
EL REY. ¿Conociérasle al verle ?
ZOR. No lo sé : mi sobresalto
fué tan grande.
EL REY. Lo comprendo.
ZOR. Mas este escrito que guardo,
que con intento tal vez
el mismo puso en mis manos...
EL REY. Un escrito ! Venga luego !
Y ¿cómo has tardado tanto ?
ZOR. *(Entregándole una carta.)*
(Miguel esta carta envia...
Obedezco su mandato.)
EL REY. *(Leyendo.)* Hoy un cautivo, señor,

en medio de tanto estrago,
de los brazos de la muerte
á vuestra hija ha arrancado.
No pide mas recompensa
por este servicio caro,
sinó que perdoneis hoy
á todos los desgraciados
que aqui intentaron la fuga
los consejos escuchando
de Cervantes, el que solo,
merece ser castigado»—
Cervantes ! siempre Cervantes !
siempre el perverso estropeado !
¿ Cual debe ser su castigo
si sus crimenes son tantos ?
(*Viendo á Raez que entra por la puerta del fondo*)
Retírate ya, hija mia.

ZOR. (¡ Amparadle cielos santos !)

ESCENA VI.

EL REY *y* MORATO RAEZ.

EL REY. Llega, Raez, y habla pronto, no retardes :
¿ Por fin hallaste á ese maldito zorro
metido allá en recóndito paraje ?
Mas no, calla... silencio ya te impongo :
bien tu mision demuestra cual ha sido
la palidez sombria de tu rostro.
¡ Rayos y truenos! mi letal venganza
ya con tanto poder, saciar no logro.

RAEZ. Oh! descuidad, señor: por mi alma os juro
que caerá en nuestras manos.

EL REY. Lo supongo ;
mas mientras tanto el ánimo padece,
mi justa indignacion llega á su colmo,
y no ha de estar tranquilo el muy infame
cuando en el pecho mi furor ahogo.

RAEZ. Ya nuevos emisarios he mandado
en su busca... no importa pues su arrojo !
Cruzará dia y noche una galera
por delante del puerto; y de este modo,

desde el cabo Coatino descubriendo
hasta una legua mas allá del golfo,
no saldrá un solo buque de este puerto
sin que se vea registrado pronto.
Veinte emisarios corren mientras tanto
por toda la ciudad y sus contornos;
y daremos con él, os lo prometo,
sin librarle su audacia, ni sus votos.
Mas de otro asunto permitid que os hable,
mas pábulo aun dando á vuestro encono.

EL REY. ¿Qué dices?

RAEZ. Es el caso que hay cautivos,
que no escarmientan nunca.

EL REY. Ya en tus ojos
leo que otras infamias...

RAEZ. Dos cautivos,
menospreciando con empeño loco
la vuestra autoridad y justo fuero,
hoy su planta atrevida, sin embozo,
por las calles de Argel han dirigido
torpes faltando á su trabajo sólito.

EL REY. ¿Y dónde se hallarán esos cautivos?...

RAEZ. Conmigo vienen.

EL REY. Fuiste pues dichoso:
á mi presencia vengan al instante,
y harás que la horca les preparen pronto.

RAEZ. Pero señor!...

EL REY. Raez! nadie replique.—
Mis criados haz tambien que vengan todos.

ESCENA VII.

EL REY, *y* MORATO RAEZ *que conduce á dos cautivos con guarda de soldados: vase despues, Raez y luego vuelve á aparecer acompañando á algunos criados del Rey, entre los cuales se hallará Cervantes.*

EL REY. Llegad cautivos. ¿Qué soberbia loca
os hizo despreciar del alto trono
los prudentes mandatos?

EL CAU. Señor...

EL REY. Habla:

¿Tienes disculpa? muéstrala tan solo.

EL CAU. Dos años ha que arrastro esta cadena
de mi hermano en compaña á quien adoro.
Nacimos en Motril, señor: y un campo
bien cultivando, escaso patrimonio
que nos legó nuestro difunto padre,
vivíamos tranquilos... y aun dichosos,
que en paz el negro pan ¡ay! amasado
con el puro sudor de nuestro rostro
partíamos con nuestra tierna madre.
Un dia... ¡Infausto dia! un barco moro
abordó el litoral de nuestra tierra
haciendo presa con sangriento arrojo,
de estos pobres hermanos! y á la vela
dándose, sin oir mis tristes votos,
nos trajeron aquí.

(Entran en escena los criados del Rey.)

EL REY. (¿Habrá osadía?
¿Do irá á parar con su pesado exordio?)

EL CAU. Señor, entónces, á la anciana madre,
que vivia aunque pobre allá con gozo,
el pan faltóle, y en tan gran miseria
sin alcanzar jamás ningun socorro
á sus hijos llamaba.

EL REY. (¡Qué enternecen
cree mi corazon, ayes de un loco!
Me falta la paciencia ya.)

EL CAU. Al cabo
de sufrir harta, y viendo que al reposo
de la tumba el destino la impelia
vendió sus bienes, que eran ya muy cortos,
para volar en busca de sus hijos;
y antes de confundirse con el polvo
darles su abrazo, y su adios postreros.
¡Señor! la muerte con su horrible encono
hoy en esta ciudad de herirla acaba...
Sus hijos fueron á cerrar sus ojos!
¡A señor! perdonadnos si castigo
nuestro extravio mereciese.

EL REY. ¡Cómo!
si tan sensible y grave fué la causa,
lograsteis ya templar mi fiero enojo;

y resarciros aun hoy mismo intento
de un trance tan acerbo y doloroso.—
Libres sereis desde hoy.
(Arrojándose los dos cautivos á los pies del Rey.)

EL CAU. ¡Señor! lo juro!
la nuestra gratitud, viva en el fondo
á quedar vá de nuestros corazones.
Merced tan grande...

EL REY. Aun lo que hago es poco.
Alzaos.—Raez de aqui al instante llévalos,
y que mis órdenes se cumplan pronto.
(A Raez con siniestra intencion despues de haberle hablado al oido.)
¿Estás?

RAEZ. Estoy, señor.
Y sin demora.
(A los criados.)
Allá en la huerta levantad vosotros
una horca luego para el vil Cervantes,
do quiero mi furor saciar gozoso.

CER. (El desprecia tus horcas y furores...
como desprecia de sus pies el polvo.)

ESCENA VIII.

CERVANTES.

¡Dejar libres á los dos!
Yo no tengo fé en el diablo;
mas si es cierto, voy en pos
á pintar fiel... si por Dios!
tal conversion en retablo.
Mas no, tu calma engañosa
oprime la amarga hiel
que en tu corazon rebosa:
una accion tuya piadosa
encubre una idea cruel.
¡Oh! no es propicio el momento
para excitar la piedad
de ese tigre cruel, hambriento,
pues ruge en su pecho cruento
Hoy deshecha tempestad—
¡Mas que destino fatal

á mis penas se adelanta?
por un sarcasmo infernal
me manda ordene el dogal
que ha de oprimir mi garganta.
¡Yo mismo !... Oh ! destino ciego !
insondable en tus arcanos
sin oir al justo ruego,
hiere tu espada de fuego
á los miseros humanos.—
Mas este es juego de azar
en que es mudable la suerte:
con teson debo luchar,
hasta que logre alcanzar
nuestra libertad ó muerte.—
En lo que mi genio alcanza
mis amigos ponen fé,
de libertad su esperanza,
Zoraida amor y confianza.
¡Oh lucharé !... lucharé !

ESCENA IX.

CERVANTES, ZORAIDA *y* FULAMA.

ZOR. (*Despavorida.*) Era él! si, era él... Que horror!
FUL. Ilusion de vuestra mente
que creó vuestro terror.
Serenaos, tened valor:
no es Cervantes el paciente.
ZOR. Me engañas. ¿Cómo se explica?
FUL. Dos cautivos son, es cierto,
los que hoy el Rey sacrifica ;
pero nada nos indica..
CER. (Infeliz! me cree muerto.)
Zoraida.
ZOR. Virgen Maria !
Tú! ¿ eres tú ? (*Se echa en sus brazos.*)
CER. Si, tu consuelo.
Mas ¿qué tienes vida mia
que embarga tu fantasía
tal delirio?
ZOR. Santo cielo!

Oh! será nuncio de muerte
el temor que al alma abruma:
al tentar contra la suerte
hoy acabas de perderte.

CER. Mas di: ¿que ha pasado en suma?

ZOR. (*Despues de una pequeña pausa.*)
Oye y sabrás el gran terror y espanto
que tu amada sufrió. Con fin piadoso
de que benigno el Rey te perdonara,
mis ojos hechos manantial de llanto,
mi paso receloso
á la capilla do en secreto orara
mi madre fiel por su eternal reposo
ansiosa encaminaba.
Llegué: y con gran fervor tranquila oraba
pidiendo diera fin á mis desvelos
la inmaculada Reina de los cielos,
cuando una voz pausada y lastimera
hirió mi atento oido
como el triste quejido
que exhala el alma en su expansion postrera.
«Madre mia! oí: hoy por tus hijos
ruega al Señor, que tierno,
con bien acoja nuestras almas puras
y nos conceda su perdon eterno.
Y tú, que en nuestra muerte te recreas...
tú, inhumano Rey, maldito seas!
Pronto un frio glacial siguió mis venas,
y cual si el huracan... ¡ay! me empujara
me lanzo á las almenas
que los muros coronan del palacio...
Y de allí... ¡Qué espectáculo! Dios mio!
Una horca levantada
habia en el jardin, do muy despacio,
grandes martirios de ese rey verdugo
aplicaba la mano ensangrentada
á dos tristes cautivos... ¡Oh! y en vano
demandaban clemencia
aquellas víctimas del rey tirano,
que ejecuta feroz la vil sentencia.
Y en la pálida frente de esos seres
que trasmutó la muerte,

creí reconocerte...
¡ Dios ! entónces un vértigo espantoso
se apoderó veloz de mis sentidos ;
pronto á cubrirme un sudor frio empieza ,
y por fuertes vahídos combatida
ardia ya un volcan en mi cabeza,
cuando de sangre envuelto en una nube
veo al rey asesino
que horrible se transforma... crece ! .. sube!
rodando en torbellino :
tiende hácia mí sus brazos
para unir con el suyo mi destino
y halagarme feroz con sus abrazos.
Quiero gritar ; mas ¡ ay ! mi lengua traba
un pánico terror. ¡ Huir ! ¿ Qué intento ?
fija mi vista en el lugar sangriento,
allí inmóvil quedaba
cual la estátua de mármol
sobre su pedestal... Mis pies de plomo
no podia arrancar del pavimento !

CER. ¡ Gran Dios ! Cálmate ya, dueño adorado.

ZOR. Y á no haberme Fulama arrancado
de aquel sitio horroroso,
aun fuera presa del fatal delirio.

CER. Recobra pues la calma y el reposo :
Dios les dará la palma del martirio.

ZOR. Mas ese traje ¡ oh Dios ! con que te veo...
¿ qué significa?

CER. Nada... escucha atenta :
Tú sabes ya que con el buen deseo
de evitar el furor de la tormenta
que en vil corazon de Azan rugia,
en la ciudad busqué un secreto asilo :
muy pronto con sigilo
de un amigo en la casa me escondia.
Mas el pregon del Rey, un gran castigo
prometia al que ciego me ocultase.
Viendo el peligro de mi fiel amigo
temiendo me alcanzase
hasta en su casa tanta vigilancia ;
apesar de su ruego,
resolví pronto presentarme luego

del Rey delante y en su propia estancia.

ZOR. ¡ Gran Dios !

CER. Si ; y á favor del disfraz moro
osado confundime con los criados
de Azan Agá, con el tenaz empeño
de sondar sus proyectos tan malvados.

ZOR. ¡ Desgraciada de mí ! Huye Cervantes
de este sitio fatal ! ¡huye ! sediento
el Rey vil de tu sangre, si aquí te halla,
á saciar por instantes
va su furor cruento
con tu martirio hasta el postrer aliento.

CER. ¡ Nunca ! Zoraida.

ZOR. Por mi amor profundo !
Si, Miguel, por cuanto amas en el mundo
sálvate ya !

CER. Zoraida ! (¡Oh! que tormento!)
Zoraida, cálmate por Dios, y escucha :
¿ No tienes fé en el que ha burlado siempre
la crueldad del rey ?

ZOR. ¡ Oh! sí, sí, mucha !
Como en mi pobre madre !

CER. Oye, Zoraida :
apesar de su astucia viperina
y carácter infame,
él me aprecia en secreto :
le cautiva mi porte, diz discreto ;
mi mirada le impone y le fascina.
Sorprendentes resortes en que fio,
que, manejados con cabal destreza
aturden su cabeza,
y en bien redundan y en provecho mio.
Mas hoy ya de mis fuerzas desconfio...
y necesito de tu ayuda.

ZOR. ¡ Cómo !

CER. Si, fiel Zoraida : cuando á los mortales
en esta larga y espinosa vida
amagan grandes males
que conjurar no alcanza humano celo,
fuerza es rogar que ayuda nos dé el cielo.
Y los fervientes votos que se elevan
á Dios siempre clemente,

gratos le son, sí, cuando los promueva
los ángeles cual tú, que impreso llevan
el virginal candor en su alba frente.
Vete pues, Zoraida hermosa,
vete á elevar tu oracion
rogando á Dios fervorosa,
y tu intercesion piadosa
hoy sea mi salvacion.

ZOR. Es verdad: siempre el orar
consuelo y valor me dió.
Voy mis votos á empezar
al pié de ese mismo altar
en donde mi madre oró.
Mas si por adversa suerte
hoy mis votos fuesen vanos,
y en tu sangre el rey, advierte,
tiñera sus viles manos
dándote feroz la muerte;
cuando ya á la tierra me ata
solo el lazo de tu amor,
dará fin mi vi vida ingrata
cuando rudo la combata
tal exceso de dolor.

CER. No; tú no debes morir,
tú, ángel del cautiverio.

ZOR. Y sin tí ¿cómo vivir?

CER. Zoraida, debes cumplir
tu piadoso ministerio.

ZOR. ¿Cuál?

CER. Socorrer al cautivo
en su mísera afliccion:
de ese afan caritativo,
que en el pecho guardas vivo
Dios te dará el galardon.
Y ellos que sufriendo están
del hado cruel antojos
á Dios por tí rogarán,
y tu alma bendecirán
vertiendo llanto sus ojos.
¿Qué importa aquí padecer
hoy constante, amargo duelo,
si con celestial placer

al fin nos hemos de ver
redimidos en el cielo?

ZOR. Donde al amparo clemente
de Dios, en sus santos juicios,
por decreto omnipotente
vivirán eternamente
sin verdugos ni suplicios.

CER. Dices bien: en Dios espero.
Ve... (Su mano helada está.)

ZOR. Tú lo quieres... voy. *(Yo muero.)*
Adios.

CER. (Si será el postrero!)
Él oiga tus votos!
(Zoraida se encamina hácia la puerta de la izquierda: Cuando está cerca de ella se abre súbitamente, y aparece el Rey: Zoraida lanza un grito y cae en brazos de Fuluma. Cervantes vuelve la espalda al Rey aparentando estar ocupado en ordenar lo que hay sobre la mesa.)

ZOR ¡Ah!

ESCENA X.

DICHOS *y* EL REY.

CER. *(¡Fatalidad! nos espiaba!)*

EL REY. ¡Zoraida!

FUL. (Yo tiemblo.)

CER. ¡Suerte
funesta!

EL REY. ¡Hija, hija mia!

CER. *(Tal vez sin motivo teme*
mi corazon.)

EL REY. ¡Ah! socorro!
pronto acudid. ¡Oh! se muere!

CER. *(Súbitamente.)* (Ah!)—El médico.
(Cervantes deja escapar esta última frase mudando algo la voz, y únicamente para despertar esta idea en el Rey.)

EL REY. Id por él.
corred!

CER. Idea excelente
que quizás nos dá la vida.
Mas si nos comprometiese
Fulama si la interroga
el Rey... Hablarla conviene.
(Cervantes se dirige al foro, desde donde escucha y observa lo que pasa en escena.)

EL REY. Y no vuelve! Por Alá!—
Mas ¿ qué es lo que aqui sucede ?
¿ Dónde estabais ? di, ¿ qué haciais ?

FUL. *(Turbada, al ver las señas que le hace Cervantes indicándole que calle.)*
Señor... nada...

EL REY. Diligente
condúcela á su aposento.

FUL. (Yo tiemblo.)

EL REY. En si ya vuelve.
(Fulama se lleva á Zoraida, la que ha empezado á dar muestras de volver de su desmayo.)

ESCENA XI.

EL REY.

¡ Estraño deliquio á fé
el que Zoraida padece !
¿ Qué puede haber visto en mí,
que de pronto y de esa suerte
exánime, sin sentido,
y horrorizada se quede
á mi sola aparicion ?
Mi juicio no comprende...
(Sonriéndose irónicamente.)
Pero ya!.. el doble suplicio :
del rostro de los pacientes
hermanos los convulsiones
se habrán impreso en mi frente,
y tan grotescas imágenes
á la inocencia sorprenden —
Y esta sangre coagulada
en mis manos, tambien puede
producir tan gran trastorno.

¡Pobre niña, que inocente!
Vamos á lavarnos ya,
si de tal obra depende
el sosiego de Zoraida,
pues la sangre la estremece.

ESCENA XII.

EL REY *y* CERVANTES.

CER. Teneos; aun falta la mia...
EL REY. ¡Como! ¿tu aqui, hombre aleve?
CER. Yo mismo... yo.
EL REY. Tú en mis manos!
¡Qué insensatez!... Y te atreves?...
CER. Los instantes de mi vida
alargar tal vez pudiese;
mas para ahorrar el trabajo
de lavaros nuevamente...
EL REY. Siempre audaz, siempre perverso!
infame y sereno siempre!—
¡Hola! aqui, Morato Raez! (*Llamando.*)
Pronto ven!
CER. (Miedo me tiene.)

ESCENA XIII.

DICHOS; MORATO RAEZ *con soldados y criados.*

EL REY. Atadme sin mas tardar
á esa ponzoñosa sierpe.
RAEZ. (Cervantes! ¿Quién habrá sido?...)
EL REY. Al cuello pronto ponedle
para ahorcarle un cordel.
CER. (Es preciso ser prudente.)
(*Los criados atan de manos á Cervantes, mientras que el Rey se pasea por la escena agitado y caviloso: ora dando rienda suelta á su carácter irascible ora, reprimiendo sus arrebatos, y aparentando una calma fria Por último se para en frente de Cervantes, al que ya habrán atado á una silla y puesto una cuerda al cuello.*)
EL REY. Por tu conducta atrevida
vas pronto á sufrir la muerte,

y sola tu lengua, advierte,
pudiera salvar tu vida.
Pues bien ; en este momento,
sin la menor dilacion,
vas á decir quiénes son
los cómplices en tu intento.

CER. No puedo satisfacer
tan justa curiosidad.

EL REY. ¡ Como no !

CER. Pues ! la verdad,
y asi cumplo mi deber.

EL REY. ¡Tus cómplices !

CER. Uno tengo
que á la sima de este abismo
me arrojó.

EL REY. ¿ Y quién ? quién ?

CER. Yo mismo.

EL REY. Pues que lo dirás sosten,o !...
¡ Lo dirás !

CER. No.

EL REY. ¡ Sí !

CER. ¡ Oh ! cachaza :
no interrogueis de esa suerte,
que quien no teme á la muerte
menos teme á la amenaza.
(*El Rey vuelve á pasearse por la escena sin poder comprimir sus arrebatos.*)

EL REY. ¡Por Mahoma ! que la venganza
aun arde horrible en mi seno :
Y hambriento el tigre y sin freno
si á su presa se abalanza,
en los supremos instantes
no valdrá humano socorro
cuando los miembros del zorro
hoy destroce palpitantes!
Rayo del cielo ! me ahoga
el furor!—¿ Quieres hablar?

CER. Lo he dicho.

EL REY. Te va á costar
tal obstinacion...

CER. La soga :
lo tengo ya bien previsto.

Que venga pues sin demora
esa muerte bienhechora,
y ampáreme Jesucristo.

El rey. Te engañas, hombre perverso:
tan grato fin no has de haber:
tu castigo habrá de ser
asombro del universo.
La fiebre de la agonía
consumirá lentamente
tu ser, como en occidente
se estingue la luz del dia.
Cual merecen tus excesos,
el martirio sufrirás,
y escuálido morirás...
ya descarnados tus huesos!
(Al ver la imperturbable serenidad de Cervantes, y no pudiendo resistir su mirada fascinadora.)
¡De Alá el rayo te confunda!
Los suplicios mas feroces,
los martirios mas atroces
darán con tu vida inmunda.

Cer. *(Con dignidad y firmeza.)*
Si un crimen, en vuestro juicio,
es, romper estas cadenas
para acabar nuestras penas,
ordenad ya mi suplicio.
Con mi sangre y con mi aliento
sello mi conducta fiel,
y no daré yo en Argel
vil muestra de abatimiento:
que fuera villano á fé,
cuando salvarlos debia,
descubrir con cobardia
á los mismos que instigué.
¡Nunca! no, en mi pecho alienta
noble instinto del deber;
ni al verdugo se temer,
ni el martirio me amedrenta.
Si el dolor llega al delirio
y lo combate el heroismo,
interno en su axceso mismo
brota el placer del martirio:

y es el gozo sin igual
que ya en el alma dispierta,
al tocar junto á la puerta
de la mansion celestial.
Que al sufrir con pio ardor,
de la carne vacilante,
el alma pura y triunfante
vuela al seno del Criador.

EL REY. Y pronto, sin que lo estorbe
nadie. Oh! si, muerte horrenda!

CER. Me es igual que se desprenda
sobre mi cabeza el orbe,
ó que por daros placer
de agonía los efectos,
muera á picadas de insectos,
ó á pinchazos de alfiler.

EL REY. Oh! tanta audacia me irrita!—
Un ser sobrenatural
ata mis manos. Fatal
cautivo! Fuerza maldita!
Y sus labios no hablarán,
que en nada aprecia la vida:
la roca en el mar hundida
no la mueve el huracan.
Pues que muera, y concluyamos
de una vez; fuera clemencia.

CER. (Hoy acaba mi existencia;
la tormenta crece.)

EL REY. Vamos:
pronto conducidle allí;
(Señalando hácia la izquierda del foro.)
pues ello le dá contento,
ahorcado muera al momento
con martirios. *(Los criados le desatan.)*

CER. Pronto! si!

EL REY. Castigad sin compasion,
y aplaque pronto ese brio
altanero.

CER. Y tú, Dios mio.
dame el celestial perdon.
(Al Rey con solemnidad ya cerca del foro.)
Tú, que en sangre tu sed calmas

hollando la libertad
y leyes de humanidad
que imprimió Dios en las almas ;
que en el hambre y desnudez
al que á su imágen Dios creó
sumiste, y lo condenó
del mundo Él, supremo Juez :
Tú, cuya crueldad impone
de infamia el sello en las frentes
vertiendo sangre á torrentes...
á ti, ¡ oh ! Rey, Dios... te perdone !

El rey. (Ah ! su fatídica voz
hiela la sangre en mi ser,
y no puedo resolver...
¡ Oh ! tiene un poder atroz !)
(Se llevan á Cervantes mientras que el Rey se paseará por la escena colérico y pensativo, y cuando le tendrán á punto de desaparecer por el foro, el Rey exclama de pronto.)
¡Oh! deteneos ! Por Alá,
deteneos.—¡Qué idea !... medio
feliz ! Si sí; no hay remedio,
que le ama y sucumbirá...—
Desatadle.

Raez. (Su perdon ?) (*Le desatan.*)

El rey. (*Con ironía y acercándose á Cervantes.*)
Recordar no puedo en vano
que al morir un fiel cristiano
debe hacer su confesion.
Y para darte mejor
de mi piedad testimonio,
voy á mandarte á Antonio,
tu amigo, por confesor :
y este logrará tal vez
con su poderosa influencia,
aplacar tu resistencia
y soberana altivez.

ESCENA XIV.

CERVANTES.

¡ Gran Dios ! ¿ qué arcano allá infernal encierra
del Rey inicuo el corazon protervo,

que ante su furia impavidez conservo
y su risa fatal á mi alma aterra ?
¿Qué extraño mónstruo poblará la tierra
de corazon mas duro; pues observo,
que su piedad aquí estremece al siervo
mas que el dogal cuando el aliento cierra ?
Si cuando el sol hermoso de mi vida
brillante aun en su horizonte asoma
audaz me entrego al bárbaro homicida ;
si ni el martirio mi ánimo no doma,
alcanzaria su alma empedernida ?...
¡ Le inspira el genio del fatal Mahoma !

ESCENA XV.

CERVANTES *y el* DOCTOR ANTONIO SOSA.

CER. Gracias os doy, Señor omnipotente,
que permitis en tan solemne hora
que la amistad mas santa y bienhechora
mire acendrada en esta pura frente.
Vos, la misma piedad que aquí se anida,
que á inspiracion del cielo
apareceis cual ángel de consuelo
en los amargos trances de esta vida
(Pausa.)

SOSA. ¿ La mision ya sabeis de mi venida ?

CER. Sé que con gran fervor hoy implorando
del Juez supremo la eficaz clemencia,
vos, padre confesor siempre velando,
en la mi hora postrera de existencia
á exhortarme venis, con el sagrado
amor espiritual, que puro emana
de la gran fuente de la fé cristiana.

SOSA. Si, Miguel : y ese espíritu sereno
conque ya espera el alma desprenderse
del cenagoso freno,
conque la envuelven los vitales lazos
hoy prontos á romperse,
vuestra conciencia pura,
y vuestro estado, bien de gracia augura.
Pensad ahora en ese instante breve,

en que el alma inmortal de un solo vuelo
en presencia de Dios acudir debe
en el supremo tribunal del cielo.
Pero luego prudente he de advertiros,
que inútil esperanza
de salvar nuestra vida
nunca hagan mis palabras concebiros;
que en tal estado ciega una confianza...
ay! trastornar podria
la gran resignacion que en bien os guia.

CER. ¡Oh! hablad.

SOSA. Cuando el Rey me hizo el encargo,
para mi... bien amargo!
de asistiros en últimos momentos;
pues de pura amistad los sentimientos
sordos desgarran mi sensible pecho,
díjome: «Le direis que le conviene,
si tenaz el designio aun mantiene
de ocultar su vil cohecho,
que lea y bien medite lo que advierte
este papel, y por Alá os abono
que aplacará su resistente encono...
y asi le librareis de infame muerte.»
(*Le dá una carta.*)

CER. Un pliego...

SOSA. Abridlo ya, nada os detenga.

CER. Recelo que un sarcasmo vil, sangriento,
ó burla cruel contenga
del rey feroz.

SOSA. Pues vedlo, sí.

CER. Al momento.
(*Cervantes abre la carta con cierta desconfianza*)
(¡Maldicion sobre el Rey!...)

SOSA. Virgen Maria!
¿Qué habeis leido? ¿Qué hay en ese pliego?

CER. (*Serenándose de repente.*)
¡Oh! nada: el Rey en pos de su mania,
y en su venganza ciego,
para que á sus deseos yo sucumba,
redobla aqui amenazas y asechanzas.
¡Cómo si mas allá aun de la tumba
alcanzasen suplicios y venganzas!

¡Imbécil!

SOSA. ¿Y esperanza ya no os resta
de salvar vuestra vida?

CER. No, ninguna.

SOSA. (¡Extraña agitacion!)

CER. (¡Ah! qué oportuna
idea!.. Si aceptase mi propuesta?..)
Padre, quisiera ..

SOSA. Hablad, decidme luego..

CER. Que cedo ya á su voluntad potente
al momento digais á Azan os ruego,
con una condicion que solamente
imponerle yo espero.

SOSA. Vos!

CER. Si, padre.
Tranquilizaos.

SOSA. ¡Ah! nunca vil recelo
me inspiran vuestras puras intenciones.
Voy, y piadoso quiera el santo cielo
el rayo aniquilar que esa existencia
amaga, revocando la sentencia
del fiero Rey.

CER. ¡Oh! sí. (¡Que pensamiento!)

SOSA. (Tal concesion que súbito resuelve
así, muy singular misterio envuelve.
Yo debiera observar.)

CER. Padre...

SOSA. Al momento.

ESCENA XVI.

CERVANTES.

¡Rayo de Dios! en ira y furor me ahogo!
un sangriento volcan en mi pecho arde!..
y ya puedo execrar con desahogo
del Rey inícuo el corazon cobarde!
(*Procura serenarse y lee otra vez el pliego.*)
«Yo parto al momento de la ciudad: si dentro
de una hora no has descubierto á todos tus
cómplices, Morato Raez tiene la órden irre-
vocable de ahorcarte, haciéndote presenciar

ántes el martirio y muerte de tu amigo y confesor... Antonio Sosa.»—
¡Oh! no es un hombre quien así imagina!
es un genio infernal que astucia odiosa
su vil maldad coordina,
absorviendo cual sierpe venenosa
toda la hiel que allá en el negro averno
de sus lenguas destilan las mil furias
rabiosas revolcándose
en su lecho de llamas sempiterno,
No, no es hombre, que es un fiel dechado
de instintos crueles que las fieras juntan
un sarcasmo sangriento
que á su rostro arrojado
la humanidad contempla con tormento! —
¡Oh! arde mi mente, se me abrasa el alma...
sí, que en tal situacion mirar no puedo
tanta protervidad con fria calma!
Hecho está : si no cedo
de un mónstruo que Satán ha coronado
al vil deseo, estoy ya condenado
á presenciar ¡ ay ! con sangriento duelo
martirio y muerte de un amigo amago
de Dios ministro y de virtud modelo.
Sí, delator mi lábio, vil se allana
hoy á nombrar mis cómplices de fuga,
en la horca todos morirán mañana!...
Lo hará, si, le conozco; le subyuga
de fatal destruccion el vil instinto.
¡ Mónstruo ! si en tí saciar aquí pudiera
mi ira, en este recinto,
con mis uñas tus miembros destrozara,
y con tu sangre vil enrojeciera
el fatal libro que tu creencia ampara,
y al fango lo arrojara
para mostrar al mundo de este modo
su símbolo fatal de sangre y lodo !=
¡ Ah ! perdon, justo Dios ! omnipotente,
mártir de abnegacion ! Jesus piadoso,
que allá en el Gólgota en la cruz pendiente,
y del dolor el cáliz apurando,
brotaron de tus lábios celestiales

palabras de perdon. ¡Oh! cuan sublime!
tu santa muerte al pecador redime
de aquella plaga inmensa de impios males.—
Nada salvarme puede: cualquier medio
que tienda á prolongar mi triste vida,
cual salvar del incendio á mi Zoraida,
pareciera un ardid... y no hay remedio;
aqui morir es fuerza
al sacrílego impulso de mi mano
ántes llegue el verdugo... y destruyendo
los proyectos así del vil tirano,
y siéndole ya inútil la inocente
sangre verter del sacerdote anciano,
será con el clemente,
y yo muriendo pronto de esta suerte
les libro á todos de una horrible muerte.
Pues lo he resuelto, sea ejecutado:
muerte hallaré segura en lo mas hondo
del precipicio que abre esta ventana,
y hallarán pronto, si, en su oscuro fondo
ni sangriento cadáver mutilado.

ESCENA XVII.

CERVANTES, *y el* DOCTOR ANTONIO SOSA *qué habrá oido sus últimas palabras.*

SOSA. ¡Deteneos!
CER. ¡Cielos! vos...
SOSA. ¡Ah desdichado!
¿Qué ibais á hacer?
CER. Yo!... ¿Qué decis?
SOSA. ¡En vano
de ocultarlo tratais; pues he escuchado
vuestras palabras.
CER. ¡Vos!
SOSA. Yo, si. ¿Qué insano
pensamiento á ese fin pudo arrastraros?
¿Que horrible vértigo de vuestra mente
se apoderó, logrando fascinaros,
que así ofendais al Dios omnipotente?
al que en la cruz el vulgo escarnecia,
y su soplo divino solamente

aniquilar podia
el rutilante imperio de los orbes.

CER. Nada me pregunteis... destrozais mi alma!
(El Doctor se dirige á la mesa, y lee el pliego que sobre ella habrá dejado Cervantes.)
(¿ Por qué fatalidad cuanto imaginó
en pró del bueno con serena calma,
con torva faz el implacable sino
rudo lo ataja, y por final sentencia
aquí conmigo arrastro á la inocencia?)

SOSA. ¡ Dios mio !

CER. *(Viendo al Doctor con el pliego en la mano.)*
¡ Ah !

SOSA. *(Acercándosele lentamente.)*
Todo lo comprendo ahora!
Me engañabais, Miguel; mas no ha querido
de Dios la omnipotencia protectora
tal sacrificio así aceptar, imbuido
por desesperacion en un momento.
Solo el mismo Criador quitarnos puede.
nuestra vida, sagrado monumento
de su artifice mano, y en Dios se excede
quien desoye su santo mandamiento.
¿ El ánimo creisteis me faltara
para morir cual mártir con firmeza,
y el tacto infame del verdugo ajara
del justo la pureza?
No, que á la muerte marcharé tranquilo
encomendando el alma al Dios clemente,
siempre pidiendo en mi oracion ferviente
que en su gloria nos dé, eterno asilo.

CER. ¡ Oh ! no, jamás ! jamás ! ¿ Quién tan cobarde
y tan villano fuera:
¿ quién, si el amor de Dios en su pecho arde,
tan grande sacrificio consintiera ?

SOSA. Miguel! ¿no veis las muertes, los castigos?...

CER. ¡ Callad ! ¡Oh ! Dios !... Satánico artificio !
prueba terrible á que el destino ciego
me quiere someter ! Nubes de fuego
envuelven mi cabeza ! Á sacrificio
tal, no, jamás podria resolverme...
no, que á mi voluntad le falta fuerza

cuando fallar ya fuera envilecerme!
¡Dios! y en estos extremos ¡ay! malditos!
en que á la suerte colocarme plugo,
terrible mi conciencia clama á gritos:
«No es el Rey, eres tú su cruel verdugo!»

SOSA. ¡Oh! reportaos, Miguel.

CER. Si, lo he resuelto:
por fin acabe yá esta lucha fiera,
y el secreto que el plan tenia envuelto.

SOSA. ¡Oh! ¿preferis Cervantes tantas víctimas?

CER. Preciso es conjurar hoy ante todo
la horrible tempestad que fiera avanza:
luego hallaremos de librarlos modo;
pues el Rey cuando vuelva aquí...

SOSA. Esperanza
inútil ya.—Venid.
(*El Doctor conduce á Cervantes á la ventana.*)

CER. (*Mirando por la ventana.*) Oh!

SOSA. Levantadas
tres horcas del jardin hay al extremo:
y serán inmoladas
las víctimas allí, que en el supremo
instante le denuncie vuestro labio.

CER. Mas por libraros yo de la tortura
que ese tigre os prepara,
aquí mi sangre pura
vertiera gota á gota y entregara
mi alma... (*En el colmo de la desesperacion.*)

SOSA. ¡Oh! callad, Miguel.

CER. (¡Perdon, Dios mio!)

SOSA. Á ese afan que frenético os devora
oponed pronto vuestra heróica calma.
¿Qué importara mi muerte,
si de Dios la clemencia protectora
nuestro fin dispusiera de esta suerte
para alcanzar la salvacion del alma?
Miguel, se acerca ya la hora suprema:
No denuncieis!

CER Mas ¿quién á los cautivos
amparará?

SOSA. ¡Dios!

CER. ¿Quién en su ansia extrema

esperanzas dará y su vivo aliento
en este baño?

SOSA. ¡Dios!

CER. ¿Quién el torrente
atajaría de furor violento
de ese rey furibundo?

SOSA. ¡Dios!

CER. ¡Tu nombre bendigo! Dios clemente!

ESCENA XVIII.

DICHOS; MORATO RAEZ *con algunos soldados.*

RAEZ. ¿Visteis la órden del Rey?

CER. Sí.

RAEZ. A ese pliego,
¿que contestais? seguis pronto al suplicio
los dos...

SOSA. (*Suplicándole.*) Cervantes...

CER. (¡Cielos!)

RAEZ. ¿Que resuelve?

CER. *(Despues de una pausa, en la cual habrá observado la serenidad y actitud suplicante del doctor Sosa, dice con firmeza á calma.)*
La muerte.
(Arrojándose en los brazos del Doctor.)
¡Padre!

SOSA. Amigo!

CER. *(A Raez recobrado ya su aplomo y serenidad.)*
Vamos luego.
¡Dios eterno! aceptad el sacrificio!
(Los dos se dirigen al foro medio abrazados entre los guardias, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

El DOCTOR ANTONIO SOSA *en la capilla.* . . . . .
. . .OSORIO, CASTAÑEDA, RIVEIRO *y otros cautivos.* .
. . . . . .

CAS. . . . . .
RIV. Despacio anduvo el Doctor.
OSO. El que padece dolor
no puede obrar muy de prisa.
RIV. De su carácter es tema.
OSO. Mal le juzgais.
RIV. Justamente:
y abusar es de la gente
andarse con tanta flema.
OSO. No es fiel, y tiene cual vos,
los ojos del alma enjutos,
el que mide por minutos
la oracion que debe á Dios.
RIV. Cual es quien mejor le adora
no lo sabemos tal vez.
CAS. ¡Qué extravagancia!
OSO. ¡Pardiez!

que pesado estais ahora
¿Quién del sacerdote anciano
igualará el santo celo,
la gran virtud, y el desvelo
para salvar al cristiano?

RIV. Pura será la intencion;
mas puede errarse el camino.
(Va á sentarse con los demás cautivos)

OSO. Su ceguedad adivino.
¡De Dios alcance el perdon!

CAS. Promesas y alhagos sé,
que aquí su alma deprimieron,
y á renegar le indujeron
de nuestra cristiana fé.

OSO. Solo la voz del Doctor
en tan apurado trance,
tal vez puede ser que alcance
sacarle de tal error.
Pero dejando esto á un lado:
diré que el Rey ayer tarde
de cruel haciendo alarde...

CAS. No me hableis de ese malvado
vil mónstruo de iniquidad!

OSO. Ahorcó á un cautivo el maldito
sin que asomos de delito
le obligaran...

CAS. ¡Oh! callad!
¡Condicion fatal y vil:
metidos en este baño
como un mísero rebaño
encerrado en su redil;
y á cada hora que adelanta
esperando con terror
que el lazo estrangulador
se nos hunda en la garganta.

OSO. Mas Cervantes...

CAS. ¡Oh! á Cervantes
le proteje Dios la vida
cuando en su empresa atrevida
no murió tres meses ántes.
Y á fé que en la comun suerte
iba á ser sacrificado

ese Doctor venerado
sufriendo con él la muerte.

Oso. El cielo les fué propicio;
que al volver de su desmayo
fué Zoraida como un rayo
á librarles del suplicio.
«Este esclavo que aquí ciego,
vas, dijo, á quitar la vida,
Raez, con mano atrevida
me salvó del voraz fuego:
no quiero que muera, no,
hasta que mi padre vuelva;
luego harás lo que el resuelva.»
Y así salvarles logró.
Mas al mentar, en verdad
ahora mismo á Miguel,
quise decir que por él
logreis tal vez libertad
pronto.

Cas. ¿Creeis?

Oso. Hablad bajo.
Ya tenemos terminada
la mina, hecha y preparada
para la fuga.—Trabajo
grande.

Cas. Lo sé.

Oso. Á otra cosa:
Tambien hemos preparado
esos trajes de soldado...
Aquí viene el doctor Sosa.

ESCENA II.

DICHOS *y el* DOCTOR ANTONIO SOSA. *Al entrar en escena el Doctor permanece un momento silencioso, observando con piadoso interés á los cautivos.*

Sosa. La paz del sepulcro impera
en este sitio apestado,
donde sufre el desdichado
la desnudez y hambre fiera.
¡Cuanta miseria y baldon!

Dios mio! acoged mi ruego,
y haced vos que arribe luego
la hora de redencion.
(El Doctor se acerca á algunos cautivos y les exhorta en voz baja.)

Oso. Oh! si á Riveiro exhortara
hoy con su elocuencia y fé,
muy posible fuera que
del torpe error le sacara.

Cas. Hácia él vá.

Oso. Sea su amparo
en la duda que le agita.

Sosa. (Que mis miradas evita
ese infeliz, hoy reparo.)
(Se acerca á él paulatinamente.)
Riveiro, temo que en vos
vacila la fé cristiana,
y acogeis la musulmana
en vuestro pecho.

Riv. (¡Gran Dios!)

Sosa. (No hay duda, cierto será.)

Riv. Yo, padre...

Sosa. Esa turbacion,
me revela la traicion
que haceis á vuestra alma.

Riv. (¡Ah!)

Sosa. Y el desprecio á la fé pura
de vuestros padres herencia.

Riv. Tan terrible es la existencia
del cautivo, que...

Sosa. Ella augura
la eterna felicidad,
que promete el Redentor
en otro mundo mejor,
do no alcanza la maldad;
pues diz con su amor profundo,
en su evangelio sagrado,
será bienaventurado
el que llore en este mundo.
¿No observais vuestros hermanos
sufrir con resignacion,
tanta miseria y baldon

elevando á Dios las manos ?
Los mártires que murieron
recordad por Dios amado,
y en holocausto sagrado
su pura sangre vertieron.
Invocad ahora mismo
el gran Mártir de la cruz,
aquel que esparció la luz
del caos sobre el negro abismo ;
y por darnos un eden
con su sangre la regó,
cuando en la tierra sembró
semilla eterna del bien.
Dejad humana flaqueza ;
elevad á Dios el alma,
y si del mártir la palma
alcanzais con entereza,
nuestro buen padre eternal
acogerá con ternura
sencilla vuestra alma pura
en la mansion celestial.
¡ Ay ! del que hallando la fé
cristiana, con saña loca
la ira de Dios provoca !

RIV. *(Echándose á sus piés.)*
¡ Ah ! perdon !... Me enmendaré !

SOSA. *(Levantándole.)*
No, alzad : aqui, en mis brazos !

CAS. (*A Osorio.*) ¡ Es un santo ese varon !

SOSA. Que anhela mi corazon
unir de amistad los lazos !

ESCENA III.

DICHOS, ZACHERLI *seguido de un capataz.—Los cautivos estarán diseminados por la escena ; unos sentados, otros medio echados en el suelo . A los primeros versos de Zacherli se levantarán todos, y se colocarán junto al capataz, el que los conducirá por la puerta derecha del fondo.*

ZACH. ¡ Pronto al trabajo, cautivos;

á cumplir la obligacion!

Riv. Adios, padre: y el perdone
mis pecados como vos.

Sosa. Hijo, si; confianza ten,
en el que en la cruz murió.

ESCENA IV.

CERVANTES, *el* DOCTOR SOSA, OSORIO *y* CASTAÑEDA.

Cer. Ah! gracias: se han ido todos.
Lo deseaba por quién soy!

Cas. Cervantes!

Oso. Miguel!

Cer. (*Dirigiéndose á Castañeda.*) Oidme:
Cortos los instantes son
para que pueda explicaros
que el momento ya llegó
de romper nuestras cadenas
con impávido valor.

Cas. ¿Qué decis?

Cer. Oid, Castañeda;
pues no admite dilacion
lo que tengo de encargaros.

Cas. Hablad pues.

Cer. Al punto voy.
Partiendo como una flecha
del arco al salir veloz,
vais á entregar esta carta
á Victarsi! sabeis vos
y á la casa donde vive.
Con la cautela mayor
tomareis un traje turco,
y saldreis con precaucion
por la mina practicada
que nuestra constancia abrió.

Cas. A cumplir voy el encargo.
¡Que nos favorezca Dios! (*Vase.*)

ESCENA V.

DICHOS, *menos* CASTAÑEDA.

CER. Osorio, escuchad atento,
que he de encargaros á vos
en esta arriesgada empresa
otra difícil mision.—
Saliendo como Gabriel
llegareis á Babazon:
un barco allí hay cerca á tierra
donde ayer mismo fondeó:
os presentais de él abordo
pidiendo por el patron.
Cuando esteis bien convencido
de hablar con Fafarzan por,
los tres signos convenidos
que usamos entre los dos,
le direis secretamente
que esta noche es la evasion:
que lo tenga preparado,
y aguarde á que llegue yo
con los mios, vigilando
con disimulo y valor:

OSO. ¿Quéreis mandarme algo mas?

CER. Nada mas.

OSO. Pues allá voy. *(Vase.)*

ESCENA VI.

CERVANTES *y el* DOCTOR SOSA.

CER. ¿Lo veis, padre? ya se acerca
cual por mandato de Dios,
el anhelado momento
de la ansiada redencion.

SOSA. Miguel, censurar no puedo
vuestra tendencia mayor
á huiros de un cautiverio
do manda un verdugo atroz.
Mas tiemblo por vuesta vida;

pues vos el caudillo sois...

CER. Descuidad: las tempestades
conque el marino luchó,
acrecentaron sus bríos
y le hicieron previsor.

SOSA. No pensé fuese tan próxima
la hora de redencion.

CER. Oid: para Constantinopla,
mañana al ponerse el sol,
van á salir seis galeras
que Azan Agá tripuló:
en ellas manda un presente
á Murad Khan gran señor,
de ciento cincuenta esclavos,
y otras preseas, que vos,
comprendereis fácilmente
cuando tal es el comboy.
Y como faltan galeotes
de resistencia y vigor,
el Rey vendrá á este baño
á escoger sin distincion
la flor de mis compañeros
que se hallan en el complot...

SOSA. Miguel, comprendo el motivo
que os mueve á fugaros hoy.—
La conducta que observais,
creed, será grata á Dios:
y el que librare al cautivo
obtendrá su galardon.
¿Mas no os arredra el peligro
de encontrar algun traidor,
como otras tantas mil veces,
que vuestra vida llevó
á las manos del verdugo?

CER. ¡Arredrarme! nunca... ¡Oh!
la libertad es la vida;
y como fecunda el sol
la pobre planta en la tierra
con su benéfico ardor,
regenera ella el espíritu
elevándole á su Dios
con su aliento sagrado!

¡ Arredrarme... nunca ! no !
Si mil vidas yo tuviera,
os lo digo por quien soy,
de una vez las arriesgara
por la libertad Doctor !
Tal deseo arde en mi mente ;
el llena mi corazon,
y mi alma ya impregnada
de su aroma que gustó,
por gozar un dia de ella
rehusara el cetro español.
¡ Muy grande es vuestra virtud
al rehusar tan grato don !

SOSA. El puesto del sacerdote
es el lugar del dolor :
donde habrá duelos y llantos,
do se anida la afliccion,
él allí su trono asienta ;
y con la virtud de Job
derramando en torno suyo
como fragancia la flor
consuelos y bendiciones,
cumple el mandato de Dios.

CER. Pues en quedar persistis
cautivo en esta prision !

SOSA. Mientras haya aquí un cristiano
que pueda escuchar mi voz,
yo quedaré al lado suyo
como he seguido hasta hoy ;
y cuando la hora postrera
dé de mi vida el reloj,
yo esperaré resignado
á que me juzgue el Señor.

CER. ¡ Siempre el mismo pensamiento !
En vano procuro yó
que abandoneis este sitio
de miseria y afliccion...
y á mi patria el sentimiento
llevo de dejaros... Oh !
¡ Cuan poco valen los hombres
si se comparan con vos !

SOSA. Miguel, la bondad os ciega

olvidándoos de quien sois.
Vos arriesgais vuestra vida
con impávido valor
por librar á los amigos
de este cautiverio atroz,
cuando tal fácil os fuera
libertaros solo vos.
Mas en alabanza vuestra
¡ cuanto puedo decir yo !
si lo que es en mi deber,
es en vos abnegacion.

ESCENA VII.

DICHOS, ZORAIDA.

SOSA. Álguien viene.
CER. Zoraida es.
SOSA. ¿ Como así, hija querida,
despreciando vuestra vida
venis ?...
CER. Calmaos, padre; pues
yo he dispuesto su venida.
ZOR. Ya esperaba con anhelo
veros, padre, esta infeliz.
SOSA. Dios te preste su consuelo,
y desde hoy te haga el cielo
eternamente feliz!
ZOR. ¿ Ya vuestra piedad me deja ?
SOSA. Si; á orar voy con fervor
suplicando al Hacedor
que en la evasion os proteja.
CER. El cielo os oiga, Doctor.

ESCENA VIII.

CERVANTES *y* ZORAIDA.

ZOR. Di, Miguel, ¿ conque es verdad
que á romper vas las cadenas
de nuestra cautividad ?
CER. Ya el astro de libertad,
por redimir nuestras penas,

aparece en lontananza.

ZOR. ¡ Dios !

CER. Valor y en mi confía.
por lo que mi genio alcanza
renazca en ti la esperanza
de librarte en este dia
de ese rey tan furibundo;
y conseguir, sin temor
luego, y con fervor profundo,
amar á la faz del mundo
la Madre del Redentor.
¿Mas como no resplandece
el gozo en tu pura frente,
cuando mi amor puro, ardiente
la felidad te ofrece
librándote ya... ¡ Oh ! mi mente
no alcanza...

ZOR. Lo que aquí siento
no te lo puedo explicar :
hoy me abruma un gran pesar...
un fatal presentimiento...
¡ Ay ! Dios ! quisiera llorar !...

CER. Zoraida ! Pues yo creia
que con vehemente anhelo
esperabas este dia...

ZOR. Miguel, en mi amargo duelo
que llegase, á Dios pedia :
mas el gozo celestial
que inunda mi corazon
al prever mi redencion,
lo ahoga el terror fatal
que presiente la traicion.
¡ Y si el Rey hoy descubriera !...
¡ No lo quiera Dios piadoso !
en un suplicio horroroso
atormentado muriera
mi amado y futuro esposo.
Y amo yo con tanta fé,
que cuando en su plan sucumba
el hombre que á amar llegué,
con él tambien moriré
para encerrarme en su tumba.

¡ Ah ! olvidar procuro en vano,
y mi ansia en horror convierte,
cuando ya en la comun suerte
con el sacerdote anciano
te llevaban á la muerte.

CER. Nada mi bien receles,
que el Rey nada ha saber :
y cuando al anochecer
hoy visite sus bajeles
huiremos de su poder.
En mi plan tanta confianza
como en mis cómplices tengo :
renazca en ti la esperanza,
que impedir ya el Rey no alcanza
nuestra fuga, te prevengo.
Ya la dicha esta prevista
de nuestra union futura ;
despues de tanta amargura
abierto esta á nuestra vista
un porvenir de ventura !
¿ Cómo no, ya sin temores,
dieran fin vuestros desvelos,
si Dios mismo en sus favores
hizo un ángel de los cielos
del ángel de mis amores ?...
¡ Abre pues tu corazon
á ese gran raudal de vida,
que con celeste fruicion
á eterno amor nos convida,
de Dios justo galardon !

ZOR. Si, Miguel ; de nuestro amor
habla con ferviente anhelo ;
desciende tu vòz del cielo ;
pues reanima mi valor
al darme grato consuelo.
Mas, ay ! fatídica voz,
que viene á turbar mi calma,
me dice deñtro del alma
que en esta lucha feroz
del mártir ganas la palma.

CER. No comprendo...

ZOR. Si, Miguel :

que mi pecho oprime siento
un fatal presentimiento ;
y hasta en mi angustia cruel
que habré ofendido presiento...

CER. Tú ! ¿á quien Zoraida amada ?

ZOR. A la Madre inmaculada
del Dios que en la cruz murió.

CER. ¡ Qué dices desventurada !

ZOR. Soy tal vez indigna yo
de su santa proteccion ;
pues aunque haya preguntado
en mi ferviente oracion
si su gracia he alcanzado,
yo no oí contestacion.

CER. Calla! calla! por favor :
tu pureza me extasia !
¡ Bendigo el dichoso dia
que alcancé tu puro amor
en esta cárcel sombría !—
Tú á la Virgen ofender !
ángel puro de inocencia ;
la mas cándida muger
que de Dios en la presencia
ya es digna de aparecer !
Tú, del infeliz consuelo;
el alma mas santa y fiel
que ha cruzado con su vuelo
de este gran valle de hiel
á la alta region del cielo !
Tú, mas pura que el armiño
con tu candor virginal;
mas que el inocente niño
que en el pecho maternal
se amamanta con cariño.
¡ Ah desecha por piedad
tan pueriles ilusiones,
que Dios con su potestad
penetra en los corazones
y conoce tu bondad.

ZOR. ¿Lo crees tú ?

CER. Sí, lo creo.

ZOR. Ay ! una nueva esperanza

ya me alienta en mi deseo,
y nuestra dicha ya veo
asomar en lontananza.
¿No es verdad que nuestro amor
será como grande eterno;
y que el ángel protector
nos guiará con afan tierno
al huir de tanto horror?
¡Oh! es tan grande la ansiedad
que dentro del alma siento,
que quisiera con verdad
en alas huir del viento
de tan impia ciudad.

CER. ¡Oh! bien Zoraida, me agrada
tu energia en este instante;
pues que tu alma denodada
por fin veo retratada
en tu celestial semblante.—
Mas vete, Zoraida amada,
á preparar tu partida,
y á la seña convenida
comparece disfrazada.

ZOR. Mas antes agradecida,
á quien me siento adorar
y Reina del cielo es,
allí junto á nuestro altar
un momento voy á orar.

CER. Bien, Zoraida, vete pues.
(Zoraida entra en la capilla y Cervantes queda un momento contemplándola.)
Si hoy logramos nuestro intento...
¡Oh! Zoraida, al ser mi esposa,
por lo que en el alma siento,
muger no habrá mas dichosa
debajo del firmamento.
Y será!... acabo el sufrir:
fuera ya vanas quimeras;
á España fuerza es partir...
¡Me parece ya sentir
la brisa de sus riberas!
Pronto! Zoraida, ven.

ZOR. ¿Que?

CER. Pasos siento: álguien asoma
por ese lado.
ZOR. Entónces...
CER. Fuerza es salir sin demora.
(*Vase Zoraida por la puerta secreta.*)

ESCENA IX.

CERVANTES *y* VICTARSI.

CER. Victarsi, con ansiedad
os esperaba.
VIC. Mas pronta
mi venida fué imposible.
CER. ¿Leisteis mi carta?
VIC. Toda.
CER. ¿Y pasasteis el aviso?
VIC. Tambien.
CER. ¿Faltarán?
VIC. La hora,
con audacia esperan todos,
y dieran su sangre toda
por quebrantar las cadenas
que su libertad aherrojan.
CER. ¿Y podrán pues fácilmente
huir todos sin demora
de la casa de sus amos
hoy á la hora perentoria,
sin infundir las sospechas
consecuentes á tal obra?
VIC. Los cautivos de Murfato,
que son Godinez, Pedrosa,
Montalvo y algunos mas,
nada su evasion estorba;
pues que tienen su amo en corso
y andan libres sus personas.
CER. Bien está.. y mucho me alegro.
VIC. Y los que mas espinosa
la evasion se les presenta
por su estrechez muy notoria,
se valdrán de los pretextos
que vuestra carta menciona.—

Mas...

CER. Ruido se oye.

VIC. Entonces...

CER. ¡ Oh ! desapareced otra
vez por la mina.

VIC. Imposible !
que de ella cerca á la boca
veo al infame Juan Blanco
con su mirada traidora.

CER. Pues bien, ocultaos allí.
¡ Oh ! pronto. *(Señalando hácia la izquierda.)*

VIC. ¡ Dios nos socorra !

ESCENA X.

VICTARSI *oculto*, CERVANTES, AZAN AGÁ. MORATO RAEZ, ZACHERLI *y algunos moros que acompañan al Rey.*

RAEZ. Cuarenta son los cautivos
que de aquí sacar importa
para completar el número
que la escuadra...

EL REY. Bien, no es cosa..

RAEZ. Mas este baño es el último
que nos queda, cual veis, ahora
por seguir ; y vos sabeis,
señor, que aquí ya no sobran
aquellos brazos robustos
que los demás proporcionan.

EL REY. Zacherli.

ZACH. Señor.

EL REY. Ve luego
á reunir la chusma toda
en el patio, y cuando esten
avísame sin demora.
(Dirigiéndose á Cervantes.)
¿ Como así tan solo y triste,
sin un amigo á su lado,
el español estropeado
hoy se halla? En que pues consiste?...

CER. *(Despues de un momento de reflexion.)*
Es que hallé la solucion

cavilando en este baño
de un problema muy extraño.

EL REY. ¡ Como !

CER. Prestadme atencion.
Hoy cautivo vive un hombre,
porque á la suerte le plugo,
sujeto al tirano yugo
de... quién nada importa el nombre.
Quisiera su alma atrevida,
cual golondrina, de un vuelo
cruzar la mar... ¡ Con que anhelo !
por ver su patria querida.
Y es tan grande, tan profundo
este deseo del alma,
que sin lograrlo no hay calma
en parte alguna del mundo.
(Mudando de tono repentinamente.)
Mas todo es vana quimera :
que se halla, y su sueño borra,
mas allá de esta mazmorra
un ancho mar por barrera.
Y aunque probó con destreza
huir, jamás lo alcanzó...
y muy poco le faltó,
para perder la cabeza.
Y al ver que no encontrará
á tantos males remedio,
resolvió morir de tedio ..
¡ Lo estaba ensayando ya !

EL REY. ¿ Y tan triste solucion
al tal problema te has dado ?

CER. Prefiero, á morir ahorcado,
morirme de consuncion.

EL REY. Pues lo has calculado poco.
¿ Así robarme intentaras ?
¿ De que modo indemnizaras ?

CER. ¡ Ah ! es verdad. ¡ Estaba loco !

EL REY. Quinientos escudos de oro
me cuestas.

CER. Soy muy cruel :
y aunque vendierais mi piel
luego... ¡ Oh ! no, por mi decoro

no creais que me desmande
otra vez: fueron quimeras.

El rey. ¡Pues! no quiero que te mueras
hasta que yo te lo mande.

Cer. Le diré, si se atreviere
de la muerte el espantajo,
suspende en mi tu trabajo
que Azan Agá no lo quiere:
y como es de genio viva,
si replica... nada! fiero
usando de vuestro fuero
me la encierro aquí cautiva.

El rey. ¿No decias que aquí estaba
á su gusto siempre obrando?

Cer. Cual soberana reinando;
pero no sirviendo esclava.
(*Los que acompañan al Rey no pueden disimular la risa.*)

El rey. Nos convenceremos tarde.

Cer. ¿Quién resiste ese embolismo?...

El rey. ¡Qué cabeza! Siempre el mismo!
Já já já Alá te guarde!

ESCENA XI.

CERVANTES *y luego* JUAN BLANCO.

Cer. Su refinada maldad
hoy insulta mi afliccion;
mas es fuerza corazon
ganarte su voluntad.—
Recelo en mi afan sumido,
por mas que instiga mi audacia,
que descubran por desgracia
á mi cómplice escondido.
¡Cuánto tardará en llegar
la gran hora de partida!...
Diez años diera de vida
por hallarme en alta mar!
(*Reparando en Juan Blanco y volviéndole el rostro con cierta repugnancia.*)
¡Oh! ya volteando aparece

esa ave de mal agüero.)

JUAN. (Su corazon altanero,
cuanto, cuanto me aborrece!
Mas no creo que te agrade
mi mision, que voy... oh! si,
á descargar sobre tí
un golpe que te amonade.)

CER. (Aun tendrá el fatal valor
de hablarme. ¡Por Lucifer!)

JUAN. Cervantes... (Vamos á ver.)
aunque me guardeis rencor,
voy á hablaros como amigo.
Ya sé que en vos ciertas dudas...

CER. (¿Qué me querrá ese Judas?

JUAN. No simpatizais conmigo.
(*Movimiento de impaciencia por parte de Cervantes.*)
¿Os importuna en verdad
mi antipática presencia?

CER. (Se me agota la paciencia.)

JUAN. Lo comprendo.

CER. (*Con desprecio.*) ¡Oh! alejad!

JUAN. Un capitan que á este puerto
esta mañana llegara,
me encargó que os anunciara
que vuestro buen padre ha muerto.

CER. ¿Qué decís? (¡Oh! cuán villano!)

JUAN. ¿Creeis que el labio os engaña?
Ved esta carta de España.

CER. ¡Ah! la letra de mi hermano!
(*Rompe la nema con ansia.*)

JUAN. (Ya mi mision he cumplido:
y á fé que no me arrepiento
por solo el placer que siento
al ver su orgullo abatido!)

ESCENA XII.

CERVANTES *leyendo la carta.*

«Hermano del corazon:
si aun puede latir tu pecho

en ese recinto estrecho
de horror infame prision,
de padre ruega el perdon;
que le tenga Dios consigo:
de su muerte fui testigo,
y en su agonía cruel
te llamó siempre, Miguel...
Adios.—Tu hermano Rodrigo.»
(Pausa.)
Cuando mi suerte imagino
me ahoga un dolor profundo!...
Hay seres en este mundo
que escarnio son del destino!
(Se arrodilla.)
Señor, si el ruego filial
te interesa fervoroso,
recíbele bondadoso
en tu seno paternal!

ESCENA XIII.

CERVANTES, AZAN AGA, MORATO RAEZ *etc. y luego* ZACHERLÍ.

RAEZ. Se llenó el número.
EL REY. Sí.
Ya escogidos, sin demora
mañana al rayar la aurora
los vas á sacar de aquí.
RAEZ. Y los conduzco al momento..
EL REY. Y sin tiempo que perder;
la escuadra al anochecer
debe dar velas al viento.
(A Cervantes
Y tú, para ver curada
tu afliccion, ya encontré un medio.
Embarcarte...
CER. ¡Buen remedio!
EL REY. Te parece..?
CER. ¡Oh! á mi nada.
(No lo haria. Me hace el coco.)
RAEZ. Parece que os conformais.

El rey. ¡ Que rareza !
Cer. ¿ Os admirais ?
Hoy devoran poco á poco
mi cuerpo los escorpiones:
como al fin todo es morir,
me es igual tambien servir
de pasto á los tiburones.
Zach. *(Saliendo.)* ¡ Señor ! señor !
El rey. ¿ Que ?... qué hay ? Di
Zach. Allí hay un hombre escondido.
Cer. (Oh ! Victarsi ! ¡ estoy perdido !)
El rey. Por Mahoma! que venga aquí,
y á que ha venido sabremos.
Cer. (Audacia y serenidad !)
El rey. ¡ Pronto !
Cer. (¡ Qué idea !) Aguardad.
(Se acerca rápidamente á Victarsi, y le dice aparte como quien le examina.)
(Fia en mi, y nos salvaremos.)—
¡ Si, si, èl es.! ¡ Por vida mia !
¡ Oh ! estás de venganza ciego !
El rey. ¿ Qué dice ? Sepamos luego...
Cer. Voy al punto.
Vic. (Qué porfia ?...)
Cer. Mas ántes de demostraros,
sin que mi audacia os asombre,
los proyectos de tal hombre,
me precisa recordaros
aquella noche de horror
que yendo á implorar mi vida
salvé á vuestra hija querida.
Me prometisteis, señor,
escepto la libertad
en castigo de mi audacia,
si os pidiera, cualquier gracia.
El rey. Bien me acuerdo: si, es verdad.
Cer. Pues bien, con esta certeza,
segura la gracia cuento :
y es... que se corte al momento
á ese hombre la cabeza !
Raez. ¿ Que dice ?
Vic. (¡ Cielos !)

El rey. ¡Ja! ja!
Cer. ¿Me concedeis?
El rey ¡A un cautivo!
Sepa yo ántes el motivo...
Cer. Oidlo, y os pasmará:
Ese gran torpe ha creido
que yo, infeliz estropeado,
puedo haber enamorado
á una mora que ha querido;
y aunque fué un celoso engaño,
quiso ejercer su venganza!
y ha entrado con la esperanza
de zurrarme en este baño.
El ha penetrado aquí
tras vuestro acompañamiento...
El rel. ¿Es esto verdad? *(A Victarsi.)*
Cer. No miento.
Vic. Yo...
El rey. Contesta!
Vic. Señor... sí...
Cer. ¿Me concedeis ya, señor,
la gracia que necesito?
El rey. No cometiendo el delito
fuera sobrado rigor.—
Cer. Pues que le dejeis os pido
ocho dias á mi lado...
El rey. Para matarle indignado
á sarcasmos! Concedido.
Cer. ¿Creeis vos que sean tales
que puedan dejarle yerto?
El rey. Quién lo duda? se de cierto
que los tuyos son mortales.

ESCENA XIV.

CERVANTES *y* VICTARSI.

Vic. Por Dios que me maravillo
de ver un golpe tan diestro:
con perdon, al lado vuestro
Satanás fuera un chiquillo.
Cer. Callad, y dejad la calma;

ya no hay tiempo que perder.
VIC. ¿Qué es pues lo que debo hacer?
CER. Aguardar (¡Padre del alma!)

ESCENA XV.

VICTARSI.

Bien está: aqui me aguardo,
y esto queda de mi cuenta—
¡Oh! es un hombre cuya audacia
los peligros acrecientan!
Por cierto que me asustó
pidiendo al Rey mi cabeza,
que entre las garras del tigre
¿quién al vérsela no tiembla?

ESCENA XVI.

VICTARSI; OSORIO, CASTAÑEDA *y otros cautivos, todos con traje moro.—Luego* CERVANTES.

OSO. Con el traje que llevamos,
y armados de esta manera,
¿Quién nos descubre?
CAS. Además:
como lo noche está cerca,
por una guardia del Rey
que nos tomen será fuerza.—
CER. (*Saliendo.*) Estais ya prontos?
TODOS. Si, sí.
Marchad todos con prudencia;
no perdamos la ocasion
por descuido, ni pereza.
OSO. Vamos pues.
VIC. Si, vamos.
CER. Id,
y el cielo nos favorezca.
(*A Osorio y á Castañeda.*)
Aguardad aqui un momento,
que espero...
CAS. ¿A quien?
CER. Mirad: á ella.

ESCENA XVII.

CERVANTES, OSORIO, CASTAÑEDA *y* ZORAIDA: *está tambien disfrazada de moro.*

CER. Acércate, Zoraida, y no receles;
que estos que ves aquí, trajes odiosos,
cristianos cubren hoy y amigos fieles,
que su sangre vertieran generosos
por salvar tu honra y vida,
á tu piedad su alma agradecida.
OSO *y* CAS. Sí, lo juramos yá.
CER. En el juramento
de un cristiano creed, que Dios lo acoge.
ZOR. Lo creo y me dá aliento
esa bondad que mi alma tanto admira.
CER. Es que piadoso el corazon recoge
el manantial de bien que Dios inspira.
Mas de este infame sitio huyamos luego,
que mucho el tiempo avanza,
y seria funesta la tardanza.
OSO. ¡Pues!
CAS. Es verdad.
ZOR. (*Mirando hácia la capilla.*)
Que me dejeis os ruego...
CER. Qué?
ZOR. ¡Oh! la Virgen Maria
consuelo ha sido de mi triste vida;
permitid que le dé en tan gran dia
mi eterna despedida.
CER. Zoraida, vete pues, y pronto sea.
(Zoraida entra en la capilla.)

ESCENA XVIII.

La escena estará bastante oscura. A los últimos versos de Zoraida UN EMBOZADO *habrá salido con precaucion por la puerta secreta del fondo, y avanza hasta en medio de la escena.* CERVANTES, OSORIO *y* CASTAÑEDA, *que reparan en él, se retiran á un lado.*

OSO. Miguel, mirad. (*A media voz.*)
CER. ¿Que?

Oso. Allí un bulto aparece.
Cer. ¡Cielos!
Cas. Se acerca aquí...
Cer. ¡Oh! mi asombro crece.
¿Quién será?
Oso. ¿Por qué teme
mi corazon?
Cer. Venid; pronto observemos...
El rey. Nada oigo. A favor, pues de la noche
fuerza es que ahora mismo aquí indaguemos.
¡Oh! cuanto mas mi mente considera
de Raez el prudente y fiel consejo,
convence mas mi corazon perplejo
de que Victarsi, el torpe renegado,
audaz habia en este baño entrado
para volverse allá á su fé primera,
y orar quí en secreto!...
¡Rayos y truenos! si esto sucediera!
Por Mahoma le prometo...—
Saber pretendo solo yo el engaño
que habrá sufrido necia mi confianza:
solo tambien saciar mi audaz venganza!
Cer. Y no se mueve!.. ¡Cielos! es extraño!
Oso. Descubrámosle ya, y si es enemigo
la muerte pronto lleve así en castigo...
Cas. Es preciso....
Cer. ¡Oh jamás!
El rey. No me equivoco:
aquí Victarsi se hallará confiado
su cristiana oracion rezando loco,
sí; mas pronto su voz habrá ahogado
por su audaz desenfreno,
este puñal que le hundiré en el seno.
Oso. Se acerca á la capilla.
Cer. ¡Oh!... es cierto!
Si fuera Azan Ágá?.. ¡Imposible!—Veamos.

(*Van acercándose con precaucion al Rey, el cual aparta un poco la cortina que cierra la entrada de la capilla, y á la luz de un par de bujías se verá á Zoraida arrodillada al pié del altar.*)

El rey. El es! y arrodillado!

¡Oh! muere pues, infame renegado!

ZOR. ¡Ah! madre mia!

EL REY. *(Reconociéndola.)* ¡Mi hija!!

CER. Miserable!

EL REY. Mi hija! mi hija!! *(Retrocede horrorizado algunos pasos, y cae sin sentido.)*

ZOR. Miguel!

CER. ¡Cielos! ¿qué ha hecho?—¡Sangre!

ZOR. Me ha muerto!

CER. Crímen execrable!

OSO. ¡Cielos!

CAS ¡Gran Dios!

CER. Herida está en el pecho!
Id... ah! corred!... que un médico la salve!

OSO. Si; pero...

ZOR. Ya es inútil: esta herida
es mortal.

CER. Es verdad: no hay ya esperanza!
su rostro cadavérico
me lo anuncia, y su voz casi extinguida...
¡Oh! venganza!

OSO. *y* CAS. *(Precipitándose sobre el Rey.)* Que muera! si, venganza!

CER. ¡Ah! no, apartad! Qué le castigue el cielo!
Huid pronto... sin demora:
en la playa os aguardan.

OSO. ¡Oh! no, nunca sin vos!

CER. ¡No desgraciados! la traidora
saña temed del déspota asesino.
Huid!

OSO. Y vos ¿que esperais?

CER. Morir con ella!

ZOR. Miguel...

CER. ¡Ah! *(Arrojándose sobre su cuerpo.)*

ZOR. Vete ya por el divino
Jesus... el rey te matará...

CER. Es mi estrella!
Morir al lado tuyo es mi destino.

OSO. *á* CAS. Oid. *(Le habla en voz baja.)*

ZOR. Sálvate pronto, á cualquier precio.

CER. Abandonarte yo!... ¡Jamás !!
CAS. *(Marchándose con Osorio.)* Es cierto.
CER. Quiero morir !... mi libertad desprecio !

ESCENA XIX.

CERVANTES *y* ZORAIDA.

CER. Y en este momento advierte
que es vano todo rogar:
tu suerte ha de ser mi suerte !...
Ni aun nos han de separar
hoy los brazos de la muerte!
ZOR. Miguel, yo voy á morir:
siento helado el corazon,
y se ofusca mi razon,—
¡Cuanto el Rey te hará sufrir
por culpa mia ! ¡Oh! perdon!
CER. ¡ Tú pedirme perdon !... ¡Dios!
cuando mi empresa insensata
es la causa que te mata !
¡ Ah ! moriremos los dos,
si !... y de esta tierra ingrata
en donde unidas están
nuestras almas, sin recelo,
con inefable consuelo
enlazadas subirán
á su patria que es el cielo.
ZOR. (*Con cierto desvanecimiento intuitivo.*)
Ya en los celestes confines,
sobre una nube nacarada,
veo á mi madre rodeada
de un coro de querubines
esperando mi llegada.
Y al ver ya rotos mis lazos
á este inmundo lodazal,
desde el paraiso eternal
abriéndome está sus brazos
con su anhelo maternal
(Despues de una pequeña pausa.)
Mi aliento se vá á pagar...
Miguel... ven...

CER. ¡ Mi ángel ! mi amor !.
ZOR. Acércame por favor
á nuestro cristiano altar.
(*Cervantes la sostiene medio arrodillada.*)
Vos, Madre del Redentor,
en esta mi última hora
sed en Dios mi intercesora.

ESCENA XX.

DICHOS ; *el* DOCTOR ANTONIO SOSA *seguido de* OSORIO *y* CASTAÑEDA.

SOSA. Tal crímen ! ¿ cómo se infiere?...
CER. Se muere! padre, se muere!! (*Con desesperacion*)
SOSA. ¡ Hija mia !
ZOR. Padre ; ahora
comprendo en mi situacion
que el cielo me ha perdonado ;
pues me dice el corazon.
que os trae Dios á mi lado
por mi eterna salvacion.
SOSA. Esa bendita esperanza
que alentais asi afligida
ya es nuncio de bienandanza :
tened pues en Dios confianza... !
Hoy empieza vuestra vida :
Que el alma fiel, congojosa,
en el mundo terrenal
rompe su prision carnal
y cual blanca mariposa
sube al mundo celestial !
ZOR. Del bautismo el sacramento,
padre, por Jesus os pido
me administreis al momento;
porque yo morir me siento.
SOSA. Á salvar tu alma he venido !
(*Va á buscar agua á una pila que habrá al lado del altar, con la que rocia la cabeza de Zoraida, la persigna etc.*
En nombre del Padre eterno,
que los astros y tierra hizo:

del Hijo, mártir coeterno,
y del santo Espíritu interno
María, yo te bautizo !—
En este tu amargo duelo
mitigue tus grandes males
de la Vírgen el consuelo,
y ábrante el reino del cielo
hoy las aguas bautismales.
Hija ! en tan corta existencia
vuestros votos elevad
á Dios, suma omnipotencia:
de su infinita clemencia
la salvacion esperad.

ZOR. Si, si, padre... ¡ Ay ! mi memoria
va...ci..la.

CER. Instante cruel...!

ZOR. Pa...dre mio.. Adios... Mi ..guel. (*Espira.*)

SOSA. ¡ Dios ! recíbela en tu gloria !

CER. ¡ Muerta !

CAS. Vamos ya.

OSO. (*Señalando á Cervantes.*) Mas él ?..

ESCENA XXI.

DICHOS; VICTARSI *y cautivos que le seguian. Luego* MORATO RAEZ *con soldados y algunos moros que llevan teas encendidas.*

OSO. ¿Qué rumor? (*Escuchando.*)

CAS. ¡ Cielos !

VIC. (*Saliendo.*) ¡ Cervantes !
Miguel.

OSO. ¡ Volveis !

VIC. La hora avanza,
é inquietos por la tardanza...

OSO. Pronto huid ! Los instantes
se acortan ! (*Oyendo otro vez ruido.*)
No hay ya esperanza !

UNA VOZ. (*Desde dentro.*) ¡ En el baño !

OSO. Lo adivino :
buscan al Rey... Ved las teas !—

Venid !

(*Todos le siguen escepto Cervantes y el Doctor.*)

RAEZ. (*Entrando.*) ¡ Señor ! señor !

CER. ¡ Sino

fatal !

EL REY. (*Levantándose.*) ¡ Mi hija !

CER. ¡Asesino !!

EL REY ¡ Mi hija !!

(Huye despavorido atravesando por en medio de los soldados que en aquel momento entrarán en escena guiados por Morato Raez. Entre los soldados habrá algunos moros que traerán teas encendidas que iluminarán toda la escena.)

CER. ¡ Ah ! maldito seas !!

FIN DEL ACTO TERCERO.

EPÍLOGO.

ESCENA PRIMERA.

El doctor Antonio Sosa, Riveiro *y varios cautivos casi todos enfermos y tendidos en el fondo sobre algunas rotas esteras.* El doctor *estará exhortando á* Riveiro *y á otro cautivo, que se hallarán en el centro enfermos ocupando una estera.*

Sosa Alentad, alentad, hermanos mios;
resignados sufrid tan grandes penas
al cielo dirigiendo votos pios
para que rompa en paz vuestras cadenas ;
que Dios, probando el temple de las almas
en desigual y empedernida lucha,
del alma vencedora
los votos con bondad piadosa escucha
tendiéndola su mano protectora.
Riv. Dos meses hace yá que estoy postrado
en este húmedo suelo,
dó la fiebre mi carne ha devorado...
siempre implorando con fervor al cielo !
¡ Ah ! no siento morir ; mas si deploro,
morir tan lejos de mi patria amada,
sin desahogar con bien mi ardiente lloro
en brazos de una madre idolatrada.
Sosa. ¡Oh! no desespereis !
Riv. Eso procuro;

mas siento que envenena aquí mi vida
esta atmósfera hedionda y corrompida...
¡Si respirar pudiese el aire puro!

SOSA. (Tiene razon.) Calmad vuestros pesares,
que á tan grande infortunio no son ciegos
los que cruzando vienen anchos mares
por nuestra redencion.. Fiad en mis ruegos.
que cuando Dios ve el llanto y triste luto,
de quién en su piedad tiene confianza,
pronto convierte, sí, en sabroso fruto
la hermosa y suave flor de la esperanza.

RIV. ¡Padre mio! esos santos religiosos,
que el glorioso estandarte aquí llevaron
de redencion, piadosos,
ya los fondos de la Órden acabaron.

SOSA. Y bien ¿qué importa? Si, no obstante el hado,
prestando á vuestros males un cauterio,
la clemencia de Dios ha decretado
libraros de tan crudo cautiverio,
¿creeis que en su impotencia
el vil gusano que en la tierra cria,
eterno el manantial secar podria
de su excelsa é inspirada providencia?
¡Oh! no; siempre es su omnímoda clemencia
del bien universal la pura fuente;
dominando él, eterno soberano,
espíritu y materia omnipotente,
nada resiste á su divina mano.
Guardad puesde vuestra alma en el santuario
esa fé acrisolada,
que Cristo en el Calvario
con su sangre selló, inmaculada;
y esa confianza en Dios, grato consuelo
del alma dolorida,
siempre alentad con fervoroso anhelo,
y acogerá su Madre agradecida
los vuestros votos desde el alto cielo.—
¡Dios mio! si mis ruegos aflictivos
excitan tu divina y real clemencia,
con bien, Señor, redime á estos cautivos
curando pronto su mortal dolencia.

ESCENA II.

DICHOS *y* OSORIO.

SOSA. ¡Osorio! Oh! venid, venid. ¿Qué nuevas
traeis? ¿Por fin Azan Agá se hallana
á rebajar el precio de Cervantes?
OSO. Inútiles han sido cuantas pruebas
se han hecho esta mañana,
para que rebajase el rey cuanto ántes
ese precio excesivo
con que avaro ha tasado á su cautivo.
SOSA. ¡Ah!
OSO. Aun de librarle la confianza abrigo;
pues dijo un religioso cuyo celo
por libertarle ahora inspira el cielo,
que pronto nuestro amigo
seria rescatado,
aunque empeñarse el crédito debiera
de la Órden, hasta haberlo él alcanzado.
SOSA. ¡Oh! bien! bien! ¿Y ese santo religioso?.
OSO. Fray-Juan Gil.
SOSA. ¡Ay! pluguiera
á Dios que nuestro anhelo fervoroso
cumpliese hoy la divina Providencia. !—
Pero Miguel...
OSO. Le tienen embarcado
ya con sus compañeros de infortunio.
Junto al remo, en el banco allí sentado
tranquilo y resignado
firme osperaba la hora de partida—
Á él me acerqué, me echó en sus brazos luego
alienta apenas mi alma conmovida...
y en tan cruel y amarga despedida
brotan mis ojos lágrimas de fuego.
«Feliz vos, exclamó: de tantos males
libre ya, pisareis el patrio suelo;
y hallareis en los brazos paternales
la dicha y el consuelo.—
Voy á partir dejando estos lugares

mudos testigos de mi gran tormento,
y al dejarlos redoblan mis pesares,
que al pensar en Zoraida en tal momento,
á quien amaba con amor profundo,
sobre mi pesa atroz remordimiento,
y desprecio las glorias de este mundo.»

SOSA. Mucho ocupa tambien, ¡ ay! mi memoria,
sufriendo el corazon dolor constante,
de aquella jóven la sangrienta historia—
Pero Dios quiso en el supremo instante,
para ahorrar grandes males y sin cuento,
que el Rey, ni sus soldados,
de tan negra maldad horrorizados,
vuestro plan sospechasen; que atrevido...

OSO. Decís verdad: entónces diligente
Fafarzan, cuyo oido
la noticia alcanzó de la desgracia,
huyó en su embarcacion y con su gente
descubierto creyéndose y perdido.—
Mas oid: enlazados aun estaban
los nuestros brazos, cuando en la galera
apareció, mas bien que su persona,
la sombra vil de Azan. ¿ Quién lo creyera?
tan grande es el tormento
y el trastorno fatal que le ocasiona
de su crímen atroz que en su alma impera.
el gran remordimiento!.
Divaga en su pesar, hoy abismado,
pálido espectro con su idea fija;
dia y noche recuerda horrorizado,
con su puñal el pecho traspasado
el sangriento cadáver de su hija.—
Quiso pues á un esclavo dar martirio
Azan un grande empeño,
cuando le acometió un fatal delirio
como si le agitase horrible sueño.
«¡ Oh ! deteneos !» horrorizado grita ;
« no le mateis !... soltadle... le perdono...
¡ Mi hija!.. un puñal!.. su sangre yo he vertido
¡ Alá castiga mi crueldad maldita.» !—
Y cayó deplomado, y sin sentido.

SOSA. ¡ Dios de justicia! tus eternas leyes

que guardan insondables tus arcanos,
cual rayo vengador á los tiranos
castigan... y así á esclavos como á reyes.
Dios de inmensa piedad: en tus intentos,
por redimir al hombre del pecado,
que muriese ordenaste en cruz clavado
tu Hijo preexcelso con sus mil tormentos.
Hoy la sangre de un ángel de inocencia
en holocausto puro derramada,
de Azan detiene la fatal sentencia.

Oso. Padre... es verdad: seis meses han cumplido
que ese Rey traspasó con grave acierto
con su puñal el pecho de Zoraida:
seis meses que élla ha muerto.
Y aunque vil desde entónces ha probado
dar á algunos cautivos cruda muerte,
el recuerdo de su hija le ha arredrado,
y así el perdon cambió la infausta suerte.

Sosa. Si.—Mas decid: de Azan hoy la partida
para Constantinopla
vos ya sabeis que está bien decidida?

Oso. Dentro de una hora segun el fiel mandato
del mismo Azan Agá, y preparativos,
en sus buques saldrá con sus cautivos
de este puerto; que allá en su bajalato
cuando Jafer á sucederle vino,
ya lo ordenó segun yo lo imagino.

Sosa. (¡Dios mio! ¡el tiempo espira!)—
Si quisierais...

Oso. Mandad: luego obediente...

Sosa. Id pronto al puerto, Osorio;
y si veis que la mano protectora
de Dios omnipotente
no ha librado á Miguel aun, al momento
decid al padre Gil, que sin demora
deseo hablarle.

Oso. Bien.

Sosa. Oid todavía:
Mas si libre le vierais, esta carta
á Jafer llevareis de parte mia.

Oso. Al punto cumpliré vuestro deseo.

Sosa. Pronto; ántes que Azan parta.

ESCENA III.

EL DOCTOR ANTONIO SOSA.

Ha de ser : si Miguel no necesita
mi sacrificio siendo rescatado,
con esa suma que hánme destinado
y el religioso celo que me incita,
de este trance apurado
con bien he de librar á dos cautivos
de Dios mediante la piedad bendita.

ESCENA IX.

DICHOS : FRAY-JUAN GIL *con otros dos religiosos trinitarios, uno de los cuales llevará el estandarte de la Orden. En el momento que* FRAY-JUAN GIL *entra en escena, todos los cautivos se dirigen á él postrándose á sus pies en actitud de su súplica. Los que están enfermos se incorporan en sus lechos, tendiendo los brazos hácia los religiosos.*

CAU. ¡Padres! piedad!
RIV. ¡Piedad!.. ¡oh ! si; y dignaos
compasivos oir los nuestros ruegos.
P. GIL. Resistid, hijos, con heroica calma
tan acerbo infortunio... ¡ Oh ! levantaos !
vuestro martirio me desgarra el alma !
Dirigid al Excelso los fervientes
votos que arranca aqui de vuestros pechos
fiero el dolor marcado en vuestras frentes,
y al fin por Dios veréislos satisfechos !
CAUTIVOS. ! Redimidnos !
SOSA. ¡ Oh !
RIV. Padre ! en mi afligida
situacion ya poned ¡ ay ! por el cielo !
vuestros ojos piadosos,

y vereis mi existencia comprimida,
y que en mi enfermedad y triste duelo
al darme libertad, me dais la vida.

P. GIL. Callad!.. Oh no aumenteis el gran tormento
que cual puñal destroza el pecho mio!—
Si á costa de mi sangre, vuestras penas
hoy redimir pudiese mi albedrío...
Hermanos! ¡ Oh! veriais al momento
vuestras férreas cadenas
quebradas al impulso de mi aliento.
Mas los recursos que, infeliz humano,
yo por vuestro rescate emplear podia
se han agotado ya; mas todavía
quedaos de Dios la omnipotente mano
siempre tendida sobre vuestras frentes:
celestial proteccion que el bien comparte
cuando puras, fervientes,
nuestra fé y esperanza,
guárdase el corazon, firme baluarte.—
¡Oh! ¿recordais la espedicion divina,
la general cruzada
que impávida marchóse á Palestina
de Cristo á defender la fé sagrada?
Brota doquier la tierra campeones
que alrededor del lábaro se juntan,
y á Tierra-Santa llevan sus pendones;
tantas dádivas llueven
para el sustento de la santa guerra,
que del cristiano el corazon conmueven!...
Hoy vamos á partir; mas volveremos,
(Coge el estandarte.)
que ya de redencion nuestro estandarte
signo piadoso, á España llevaremos;
y allí de pueblo en pueblo recorriendo,
cual Pedro el hermitaño
invocando de Cristo el nombre santo,
iremos recogiendo
el óbolo cordial que los cristianos
por secar vuestro llanto
piadosos depondrán en nuestras manos.
Desde el palacio del magnate altivo
á la humilde cabaña,

iremos á pedir de puerta en puerta
para librar al infeliz cautivo...
¡ No lo dudeis !, que mi alma no se engaña ;
hoy vuestra redencion ya miro cierta,
que es grande la piedad en nuestra España.

SOSA. Gracias por ese rayo de esperanza,
padre, que vuestro fiel lenguaje, tierno,
vislumbrar hace allá en lontananza
á estos pobres cautivos
en sus tristes prisiones,
y cual si de los lábios del Eterno
brotara, alienta aquí á los corazones !—
Pero decid... ¡ Oh ! temo interrogaros
sobre el destino de mi caro amigo !

P. GIL. Miguel...

SOSA. ¿No puede hallarse ningun medio?...

P. GIL. Padre... tambien yo temo contestaros.

SOSA. Hablad, por Dios, hablad !...

P. GIL. ¡ Ah! ya no abrigo,
padre, esperanza alguna,

SOSA. ¡ No ! Dios mio !

P. GIL. Y en fin : de rescatarle desconfio.

SOSA. ¡ Infeliz !

P. GIL. Oid, padre :
Hay quinientos escudos aprontados,
ya para su rescate ;
yo de esa suma ayer tomé prestados
en mi tenaz porfia,
dos cientos veinte y seis á mercaderes
de la Órden nuestra bajo garantia.
Creyendo con la suma que he juntado
vencer de Azan la sórdida avaricia,
á él dirígime, supliqué porfiado;
pero en vano, rehusólo con desprecio.
Taso ya en mil escudos á Cervantes,
y no lo soltará por menos precio.

SOSA. (¡ Dios ! esa suma unida con la mia,
ni aun alcanzaria...)

P. GIL. Fray Antonio en el puerto se ha quedado
rogando á Azan Agá un corto momento.—
¡Ojalá mas que yo, afortunado
fuese!

SOSA. ¡Plugiera á Dios!
P. GIL. Oidme atento.
Han cumplido ocho dias que ajustado
se halla vuestro rescate, y yo no entiendo
como salir de aquí estais resistiendo:
sois la causa, sospecho,
de no haber ya nosotros satisfecho
al amo vuestro el precio convenido
de vuestra libertad. Hoy ya partimos
de Argel, nuestra mision hemos cumplido.
Á arrancaros del baño pues venimos,
porque vengais conmigo y al instante,
de Jafer al palacio:
le daremos la suma convenida,
quedando vos hoy libre, y enseguida...
SOSA. (Si le digo mi intento
tratará de estorbarlo. ¡Qué tormento!)
P. GIL. (No comprendo sus dudas vacilantes.)—
Que vengais pronto, padre, ya esperamos.
SOSA. Ahora es imposible...
P. GIL. ¿Qué aguardamos?
SOSA. Padre...
P. GIL. Pues que! ¿no son aun bastantes
los sufrimientos?. ¡Oh! rasgad, amigo;
la misteriosa nube que os rodea!
SOSA. No puedo!
P. GIL. Cuando el corazon desea...
SOSA. Concededme no, mas breves instantes.

ESCENA V.

DICHOS *y* OSORIO.

OSO. *(Desde el foro entrando precipitadamente.)*
¡Padre!.. está libre yá.
SOSA. ¿Quien?
OSO. Nuestro amigo.
P. GIL. ¡Como!
SOSA. ¡Miguel!.. ¿Es cierto?
OSO. Si... y muy cierto,
padre; del desembarque fuí testigo.
P. GIL. ¡Ah! libre!

SOSA. ¡Gracias pues, Dios soberano!
mis votos escuchaste al fin, clemente.
Nunca se invoca tu piedad en vano!
P. GIL. Mas ¿como?..
OSO. Oidme: al llegar al puerto
la escuadra ví, ya hinchando un fuerte viento
sus velas, y orgullosos
salir uno tras otro sus bajeles
al alta mar. Frenético, al momento
encamino mis pasos presurosos
á do estaba amarrada la galera
en que Miguel se hallaba. ¡Ay! cuan grande era
mi ansiedad, padre... Llego sin aliento,
y allí instigado por las mil fervientes
súplicas de los santos religiosos,
ví que Azan su ambicion pronto venciendo,
cual relámpago ordena
de Cervantes quitar la vil cadena
conque al banco amarrado le tenia;
y en aquellos instantes
con mano avara Azan Agá recibe
los quinientos escudos,
y libre desembarca el buen Cervantes
radiante de alegria,
todos quedando allí asombro mudos.
SOSA. Pero Miguel...
OSO. Calmaos, que á este baño
muy pronto va á llegar, acompañado
de los dos religiosos... *(Se oye ruido,)*
No me engaño!
sí, él es!
P. GIL. *(Dirigiéndose al foro.)* Dispensad.
SOSA. *(A Osorio.)* ¿Habeis llevado
mi carta ya?
OSO. Sí, padre, *(Entregándosela.)*
y su respuesta en ella misma ha dado.

ESCENA VI.

DICHOS: CERVANTES *acompañado de dos religiosos.* *El* PADRE GIL *recibe á* CERVANTES *cerca del foro, donde algunos cautivos les rodearán, mientras que el* DOCTOR ANTONIO SOSA *leerá el papel que le ha entregado* OSORIO.

P. GIL *y* CAUTIVOS. ¡Cervantes!
CER. ¡Padre! amigos!...
P. GIL. Ya clemente,
Dios escuchó desde su excelso trono
de nuestros votos el clamor ferviente.
CER. Si, padre; y este inmenso beneficio,
en la tierra el mas grande que consigo,
lo debo al vuestro celo y sacrificio.—
¡Gracias!
SOSA. ¡Miguel!....
CER. ¡Oh! padre!... fiel amigo!
SOSA. Con que estais libre! si... ¡Oh! dejad que goze
la inefable fruicion que el alma inunda,
en tanto que profunda
mi gratitud dirija con anhelo
al Dios que rige desde el alto cielo.
Libre ya!
CER. Padre, si; libre me veo
cuando tenaz ¡ay! mi enemiga estrella
mas resistia á mi tenaz deseo.—
Vos tambien libre! (*Mirando á los padres.*)
Cuanto les debemos!
Por su inmensa piedad, por sus cuidados
al fin á nuestra patria volveremos!
(*Parándose de pronto, y mirando á la capilla.*)
¿Quién pudiera... ¡ay de mi! volver la vida
al puro ángel que aquí... yo en mi partida?...
SOSA. ¡Os alterais!
CER. ¡Oh! si, que tan intenso
fué mi amor por Zoraida, esa criatura,
que el dolor me ahoga inmenso
su muerte al recordar, su desventura.
(*Entra en la capilla; permanece un momento arrodillado; luego recita los siguientes versos,*

mientras que el doctor Antonio Sosa se dirige al grupo donde se halla Riveiro, y los exhorta en voz baja. Lo propio hacen les demás religiosos con otros cautivos.)

Á este baño, ¡mi Dios! prision sombría,
para temblar del fiel cautivo el lloro
y el feroz yugo que del rey sufria,
con tu piedad, de tu celeste coro,
Señor! un ángel nos mandaste un dia.

De su mirada el rayo entre fulgores
la luz de las estrellas ofuscaba;
con su piedad calmaba los dolores,
y su nevado rostro coloreaba
la rosa virginal de los amores.

Mas sediento de sangre el vil tirano
en su ciego y fanático despecho,
hundió el puñal ¡ay! con su propia mano
con feroz rabia en su tierno pecho
aquí al pié mismo del altar cristiano.

¡Su sangre! en holocausto derramada
sobre las gradas del sagrado templo,
pura se eleva al cielo, consagrada,
á ofrecer con su vida inmaculada
de la santa virtud el alto ejemplo!—

¡Dios! que mis votos y mi ardiente anhelo
hoy tu excelsa piedad deja cumplidos;
que su sangre vertida en este suelo,
mi ruego y llanto en bien por tí acogidos,
ábranle libre la mansion del cielo!

(Cervantes sale de la capilla, y se encuentra con el P. Gil con el que habla un momento en voz baja; luego se dirigen los dos al doctor Antonio Sosa.)

SOSA. *(A Riveiro y al otro cautivo.)*
Hijos mios, tal vez llegó el momento
ya, de que libres seais.

RIV. ¡Ah! Dios lo quiera!

P. GIL. *(Al Doctor.)*
Vamos, padre, Jafer Bajá ya espera:
Venid.

SOSA. Yo?...

CER. Si, doctor..

SOSA. (¡ Oh ! que momento.)
CER. Para entregarle del rescate vuestro
el precio convenido;
y marcharnos á España sin demora,
que el buque aguarda ya, pues dió la hora.
SOSA. Padre.. Miguel...
P. GIL. Mas...
CER. Comprender no puedo..
SOSA. Ya es imposible.
CER. ¡ Como!
P. GIL. Qué he oido ?
SOSA. Leedlo vos Miguel... yo aquí me quedo.
(Leyendo la carta.)
CER. *(Leyendo.)* «Señor : se tiene ajustado mi rescate por cuatro cientos cincuenta escudos: en este baño teneis á Riveiro y á Montalvo enfermos de gravedad. Os ruego señor, que en mi lugar, por la mencionada suma otorgueis la libertad á estos desgraciados , que no podrian soportar por muchos dias su infortunio. Quedaré yo aquí hasta que Dios...»
(Representando.)
Jafer Bajá lo acepta ! Qué habeis hecho ?
SOSA. Les doy la libertad, les doy la vida !
CER. ¡ Ah ! nunca !
P. GIL. No, jamás tal sacrificio
podremos consentir !
SOSA. Tengo ofrecida
esta pobre existencia en beneficio
de esos cautivos. ¡ Nadie me lo impida !
(Con entereza.)
Sí, Miguel, padre Gil : irrevocable
ya mi resolucion, no hay quien la tuerza ;
á los ojos de Dios es aceptable,
á Dios lo prometí, y cumplirlo es fuerza.
CER. *(Aparte al P. Gil.)*
Es inútil porfiar, está resuelto.
Su corazon es roca de diamante,
si el sacrificio envuelto
lleva piadoso allá en su afan constante.
SOSA. Vedles allí, que pálida la muerte
ansiosa espera ya en constante acecho,

sus alas desplegadas
batiendo en torno de su triste lecho.
(Viendo que los religiosos no pueden ya resistir la emocion que les causan sus palabras, se dirige súbitamente á Riveiro y á Montalvo.)
¡ Ah ! Riveiro, Montalvo, llegó la hora !
¡ Estais ya libres !

RIV. ¡ Libres ! Dios eterno !

CER. ¡ Ah !

RIV. Libres !.

SOSA. Sí, sí.

RIV. ¡ Instante venturoso !

SOSA. Ahora vosotros, padres, sin demora
allá llevadles donde su amo espera.—
Y tu, Dios mio ! acepta bondadoso
del sacrificio fiel la fé sincera.
(Pausa —Los religiosos ayudarán á levantar á los dos cautivos que apenas podrán tenerse en pié. El Doctor se adelantará hácia el proscenio elevando los ojos al cielo, y Cervantes permanecerá algunos instantes inmóvil y conmovido, hasta que irá á hablar al Doctor.)

CER. ¡ Padre mártir sublime
de abnegacion piadosa ; alma santa ;
gérmen fecundo que el dolor redime,
inagotable fuente de consuelo!...
¡Ah! vuestra bendicion!! *(Cayendo de rodillas)*

SOSA. *(Con solemnidad.)* Omnipotente
Dios que piadoso escuchas desde el cielo ;
Tú, que sacaste de su caos al mundo
y ordenaste su marcha refulgente ;
que al ave diste su encumbrado vuelo,
y al sol calor fecundo.
Tú que á las aguas ya á aquilon prestaste
su fuerza irresistible
y en el Oceano el huracan trocaste
en céfiro apacible,
de un viento próspero conduce en alas,
al cruzar esos mares,
á estos cautivos que con mi alma sigo.
Protégeles, Señor ; sus patrios lares
haced que pisen con segura planta.

¡Oh! basta hijo, levanta:
¡En el nombre de Dios, yo te bendigo!
(*Despues de una pausa Cervantes se lavanta y se arroja en brazos del Doctor.*)

CER. ¡Padre!!

SOSA. Miguel! (Oh! Dios! crueles instantes!)

CER. Me arranca el alma hoy el dolor: mi mente...
(*Haciendo un esfuerzo para desprenderse de los brazos del Doctor.*)
¡Hasta la eternidad!!

SOSA. ¡Ah!
(*Cervantes se dirige al foro, y al pasar por delante de los cautivos, varios de estos le rodean: abraza á unos, estrecha la mano á otros etc. Mientras tanto el Doctor y los religiosos despidiéndose tambien, se habrán dirigido hácia el foro.*)

CER. (*A los cautivos.*) ¡Adios!!

CAUTIVOS. Cervantes!

SOSA. (*Bajando hácia el proscenio y arrodillándose en medio de la escena.*)
Bendito seais, Señor omnipotente!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, con la supresion hecha, y no vistiendo de Sacerdote el Doctor D. Antonio Sosa.

Madrid 9 de marzo de 1866.

El censor de teatros,
NARCISO S. SERRA.

Nota. El verso con que empezaba el acto 3.° y la advertencia que á él se referia, es la supresion hecha por la Censura. Hemos preferido dejar incompleta la redondilla ántes que cambiar aquel verso por otro, desvirtuando el fin que nos habiamos propuesto.

La supresion es esta:

. . . . . acabando de consagrar la misa . . . . . arrodillados en actitud de oirla; luego el Doctor Sosa dá la bendicion, y se retira por la izquierda.

. . . Por fin concluyó la misa.

ERRATAS.

Pág.	Lín.		
10	10	*Dice* Vanse Zacherli por la derecha etc.	*Léase* Vanse; Zacherli por la izquierda y Juan Blanco por el fondo.
20	30	» mi la siento	» mi lado siento
21	13	» rescáteme	» rescátame
21	29	» cuanto estará	» cuando estará
22	38	» Que es mi madre	» Que es de mi madre
23	33	» Pronto la lózana flor	» Pronto á lozana flor
24	3	» Y por lo que mi instinto	» Y por lo que instinto
29	10	» proyectos	» preceptos
46	23	» á ese sierpe	» á esa sierpe
54	14	» Y sin demora.	» El rey. Y sin demora.
57	32	» que el vil corazon	» que en el vil corazon
60	17	» Yo tiemblo	» Azan Agá!
64	41	» interno en su axceso	» interno en su exceso
79	22	» hallando	» hollando
81	27	» de la ansiada redencion	» de nuestra ansiada evasion.
85	15	» felidad	» felicidad
86	7	» ha saber	» ha de saber
id.	22	» vuestros	» nuestros
93	7	» amonade	» anonade
108	34	» Azan un grande	» Azan con grande
112	35	» Taso ya en mil	» Tasó ya en mil